

*La  
cortesana*

*Comedia de*

*Claudio de la Torre*

COLECCION TEATRO N° 32



LA CORTESANA

BIBLIOTECA  
SAULO TORON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento

289576

N.º Copia

486779

# TEATRO

(Una comedia cada semana)

1. *Entre el no y el sí*, de Pemán. (Agotado.)
2. *Celos del aire*, de López Rubio.
3. *En la ardiente oscuridad*, de Buero Vallejo.
4. *Tovarich*, de Jacques Deval.
5. (Extra.) *El gran minué y Las mujeres decentes*, de Ruiz Iriarte.
6. *Llama un inspector*, de Priestley.
7. *Cena de Navidad*, de López Rubio.
8. *Juego de niños*, de R. Iriarte.
9. *Cinco minutos antes*, de Benedetti.
10. (Extra.) *Historia de una escalera y Las palabras en la arena*, de Buero Vallejo.
11. *Siempre*, de Julia Maura.
12. (Extra.) *La muerte de un viajante*, de Miller.
13. *La heredera*, de R. y A. Goetz.
14. *Una madeja de lana azul celeste*, de López Rubio.
15. (Extra.) *Cuando llegue la noche y Cuando llegue el día*, de Calvo Sotelo.
16. *La tejedora de sueños*, de Buero Vallejo.
17. *Cuando ella es la otra*, de Víctor Ruiz Iriarte.
18. *Por el camino de la vida*, de Pemán.
19. *Buenas noches*, de María Isabel Suárez de Deza.
20. (Extra.) *En el camino negro* y *El collar*, de Claudio de la Torre.
21. *La señal que se espera*, de Buero Vallejo.
22. *Las maletas del más allá*, de Félix Ros, sobre temas de W. Fernández Flórez.
23. *La plaza de Berkeley*, de John L. Balderston (en colaboración con J. C. Squire).
24. *Condenados*, de José Suárez Carreño.
25. (Extra.) *Francisca Alegre y Ole y ¡Qué bollo es vivir!*, de Tono.
26. *La esposa constante*, de W. Somerset Maugham.
27. *El estupendo Juan Pérez*, de Angel Zúñiga.
28. (Extra.) *Eloísa está debajo de un almendro y A las seis, en la esquina del bulevar*, de Enrique Jardiel Poncela.
29. *María Antonieta*, de Calvo Sotelo.
30. (Extra.) *Alberto y Veinte y cuarenta*, de López Rubio.
31. *Callados como muertos*, de Pemán.
32. *La cortesana*, de Claudio de la Torre.
33. *El anticuario*, de E. Suárez de Deza.

NUMERO PROXIMO

Pedidos y suscripciones:

EDICIONES  
A L F I L

Peligros, n.º 4.—Madrid

Gráficas Valera, S. A.—Libertad, 20.—Madrid.



# LA CORTESANA

**BIBLIOTECA  
SAULO TORON**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**

**LAS PALMAS DE G. CANARIA**

N.º Documento

289576

N.º Copia

486779

# TEATRO

(Una comedia cada semana)

1. *Entre el no y el sí*, de Pemán. (Agotado.)
2. *Celos del aire*, de López Rubio.
3. *En la ardiente oscuridad*, de Buero Vallejo.
4. *Tovarich*, de Jacques Deval.
5. (Extra.) *El gran minué y Las mujeres decentes*, de Ruiz Iriarte.
6. *Llama un inspector*, de Priestley.
7. *Cena de Navidad*, de López Rubio.
8. *Juego de niños*, de R. Iriarte.
9. *Cinco minutos antes*, de Benedetti.
10. (Extra.) *Historia de una escalera y Las palabras en la arena*, de Buero Vallejo.
11. *Siempre*, de Julia Maura.
12. (Extra.) *La muerte de un viajante*, de Miller.
13. *La heredera*, de R. y A. Goetz.
14. *Una madeja de lana azul celeste*, de López Rubio.
15. (Extra.) *Cuando llegue la noche y Cuando llegue el día*, de Calvo Sotelo.
16. *La tejedora de sueños*, de Buero Vallejo.
17. *Cuando ella es la otra*, de Víctor Ruiz Iriarte.
18. *Por el camino de la vida*, de Pemán.
19. *Buenas noches*, de María Isabel Suárez de Deza.
20. (Extra.) *En el camino negro* y *El collar*, de Claudio de la Torre.
21. *La señal que se espera*, de Buero Vallejo.
22. *Las maletas del más allá*, de Félix Ros, sobre temas de W. Fernández Flórez.
23. *La plaza de Berkeley*, de John L. Balderston. (en colaboración con J. C. Squire).
24. *Condenados*, de José Suárez Carreño.
25. (Extra.) *Francisca Alegre y Ole y ¡Qué bello es vivir!*, de Tono.
26. *La esposa constante*, de W. Sommerset Maugham.
27. *El estupendo Juan Pérez*, de Angel Zúñiga.
28. (Extra.) *Eloísa está debajo de un almendro y A las seis, en la esquina del bulevar*, de Enrique Jardiel Poncela.
29. *María Antonieta*, de Calvo Sotelo.
30. (Extra.) *Alberto y Veinte y cuarenta*, de López Rubio.
31. *Callados como muertos*, de Pemán.
32. *La cortesana*, de Claudio de la Torre.
33. *El anticuario*, de E. Suárez de Deza.

NUMERO PROXIMO

Pedidos y suscripciones:

EDICIONES  
A L F I L

Peligros, n.º 4.—Madrid

Esta obra se estrenó en Madrid, la noche del 13 de junio de 1952, en el Teatro Calderón, con el siguiente

## REPARTO

<i>Lys Delacour</i> ...	MARÍA GUERRERO.
<i>Mauricio</i> .....	PEPE ROMÉU.
<i>Celeste</i> ...	M. <sup>a</sup> FERNANDA DÍAZ DE MEN- DOZA GUERRERO.
<i>Augusta</i> ...	PEPITA FERNÁNDEZ.
<i>Rosa Pompón</i> ..	ADELA CALDERÓN.
<i>María</i> .....	MARGARITA GARCÍA ORTEGA.
<i>La doncella</i> ...	TRINIDAD LEMOS.
<i>Alberto de Rec</i> ...	CARLOS ALONSO.
<i>El señor de Letil</i> ...	JUAN BERINGOLA.

Decorados y figurines: VICENTE VIUDES.

Dirección: PEPE ROMÉU.

La acción en París, en los primeros años de este siglo.

Derecha e izquierda, las del actor.

## ACTO PRIMERO

Hotel particular de Lys Delacour, famosa cortesana en el París de comienzo de siglo. Gabinete lujoso, recargado de muebles, cortinas, cuadros, espejos y *bibelots*; sin que esta aglomeración de objetos excluya el gusto exquisito de la mano que los ha reunido. En el foro, puerta que se supone comunica con el pasillo y la escalera que conduce al piso bajo. En el lateral derecha, otra puerta al interior del piso y un arco con pesadas cortinas que da paso a la alcoba de Lys. En el lateral de la izquierda, sobre el jardín del hotel, un amplio mirador de cristales por el que entra la luz de la tarde. Más en primer término, una gran chimenea.

*(En escena, sentado, EL SEÑOR DE LETIL, viejo mundano, distinguido, impecablemente cuidada su persona, como si quisiera reanimar sus sesenta y tantos años de existencia. LA DONCELLA sale por el arco de la alcoba.)*

LA DONCELLA.—La señora vendrá en seguida.

LETIL.—Bien.

*(Suena la campanilla de la verja, en el jardín.)*

LA DONCELLA.—Con permiso.

*(Sale de escena LA DONCELLA y, a poco, vuelve con MAURICIO, hombre de unos cuarenta años, de fuerte complexión, con el aspecto inconfundible de un obrero mecánico. LA DONCELLA vuelve a salir. LETIL mira con curiosidad a MAURICIO, que parece abstraído, como indiferente a lo que le rodea.)*

LETIL.—Perdone usted mi curiosidad. ¿Aguarda usted también a la señora?

MAURICIO.—*(Saliendo de su distracción.)* ¿A qué señora?

LETIL.—A la señora de esta casa, a Madame Delacour.

MAURICIO.—¡Ah, sí! Vengo a ver a Juana.

LETIL.—*(Con fingida extrañeza.)* ¿A Juana?

MAURICIO.—Sí.

LETIL.—¿A qué Juana?

MAURICIO.—Pues a la señora esa que usted dice. ¿No se llama así?

LETIL.—No. La señora Delacour se llama Lys.

MAURICIO.—Yo la llamo Juana.

LETIL.—Tiene usted mucha confianza con ella, por lo visto.

MAURICIO.—Mucha.

(Hay una pausa.)

LETIL.—¿Es usted pariente suyo, quizás?

MAURICIO.—Hermano.

LETIL.—¿Es posible?

MAURICIO.—Como si lo fuera. Nos criamos juntos, por esas calles. Todo el día a su lado. Después crecimos. Ella tuvo más suerte.

LETIL.—¿Quién sabe!

MAURICIO.—Seguro. Mire usted cómo vive. No le falta nada. Me conformaba yo con una de estas habitaciones nada más, para mí y para los hijos.

LETIL.—¿Es usted casado?

MAURICIO.—Viudo. Como ella. En eso sí nos ha ido igual. Los dos nos quedamos solos. Es decir, yo con los chicos.

LETIL.—¿Y ella? ¿No tuvo también una hija? Recuerdo que algo me contó una vez... ¿Qué pasó? (MAURICIO no responde.) Una niña que murió muy pequeña, ¿no es así?

MAURICIO.—(Evasivo.) Cuando usted lo dice...

(Se hace otra pausa.)

LETIL.—¿Qué curioso! Es la primera vez que le veo por aquí, y es usted como si dijéramos de la familia.

MAURICIO.—Yo sólo vengo los domingos, cuando Juana no recibe a sus amistades.

LETIL.—Hoy es viernes.

MAURICIO.—Pero acaba de llegar de viaje y vengo a saludarla. Además..., estamos en huelga.

LETIL.—¿En huelga? ¿Dónde?

MAURICIO.—En el taller. Míreme usted las manos: quemadas.

LETIL.—¿Qué le ha pasado?

MAURICIO.—Los ácidos. Rebajando el cobre todo el día. Pero hace tres que no trabajamos.

LETIL.—Si puedo ayudarle en algo...

MAURICIO.—No, señor.



LETIL.—De verdad. Lo haría con mucho gusto.

MAURICIO.—No hace falta. Mientras yo tenga a Juana sé que en mi casa habrá de todo. Bueno, de todo... No igual que aquí, pero con las sobras me conformo. ¡Corazón como el suyo!

LETIL.—Sí, es muy buena.

MAURICIO.—Nadie sabe lo buena que es. Es... como una reina. Ninguna tan cariñosa con los pobres, con los enfermos, con los desamparados... Cuando se la ve cuidando a alguien, ocupándose de quien sea, parece más reina todavía. Eso sí, le gusta mandar.

LETIL.—Como a todas las reinas.

MAURICIO.—Eso debe ser.

(Lys aparece en el arco de la derecha.)

Lys.—(Con una graciosa reverencia.) Su majestad.

LETIL.—¡Hola, mujer! ¿De dónde sales?

Lys.—De ahí, de mi alcoba.

LETIL.—Supongo que habrás oído lo que hablábamos.

Lys.—Todo.

MAURICIO.—Perdóname. Siempre me dices que hablo demasiado.

Lys.—¿Y me equivoco, Mauricio?

LETIL.—La culpa ha sido mía. Yo inicié la conversación.

Lys.—(Afectuosa.) ¿A qué viene eso de llamarme Juana delante de las visitas y decir que si los dos nos criamos juntos, en la calle? ¡Son cosas muy indiscretas!

MAURICIO.—Me pareció el señor de confianza.

Lys.—(Riendo.) ¡No te fíes de nadie, ni siquiera de este señor! No te olvides tampoco de que ahora soy una mujer importante.

MAURICIO.—Eso yo no lo olvido nunca.

Lys.—¡La baronesa Delacour!

(Ríen.)

MAURICIO.—Si te parece, aguardaré ahí dentro.

Lys.—Sí, María te atenderá.

MAURICIO.—Quisiera hablar contigo.

Lys.—Habla con ella. Es lo mismo.

MAURICIO.—Como quieras. Buenas tardes.

(Sale MAURICIO por la puerta de la derecha.)

LETIL.—Anda, cuéntame. ¿Cómo te ha ido? ¿Muy animado el bañeario?

LYS.—Bastante. Matrimonios respetables, ya sabes, de esos que no debes saludar si no eres baronesa, por lo menos. Señoras hurafías, felices, ocupadas en sus labores todo el día. Los caballeros, aparte, con su ajedrez o sus periódicos. ¡Muy animado!

LETIL.—(Riendo.) ¡Pobre Lys!

LYS.—Tenían también sus fiestas, no creas. De vez en cuando, todo aquel mundo se animaba para tomar parte en el tiro a pichón, por ejemplo. Hace furor ese deporte. Aquella gente, tan pacífica, organizaba en un momento una verdadera matanza. (LETIL vuelve a reír.) No puedes imaginarte nada más cruel.

LETIL.—Lo que veo, desde luego, es que las aguas no te han curado tus sentimentalismos.

LYS.—No, ¿qué quieres? Soy así. Detesto la crueldad, adoro los seres indefensos.

LETIL.—¡Buena frase!

LYS.—Tú sabes que es verdad.

LETIL.—Y Mauricio también. Me lo decía hace un momento.

LYS.—Una tarde, por la ventana abierta de mi cuarto, entró uno de esos pichones, herido. Traía el pico roto. El terror, la sed y la fatiga le hicieron caer redondo a los pies de mi cama. Me acerqué a recogerlo y aún tuvo fuerzas, asustado, para intentar volar de nuevo. Entonces le hablé, poco a poco, como a una persona. El pobre animal me miraba sin comprender, retrocediendo a pequeños saltos. Pero yo seguía hablándole con calma, con dulzura, para inspirarle una confianza que estaba lejos de sentir. Terminé convenciéndole y pude acariciarlo. Desde entonces, no se separó de mi lado.

LETIL.—No me extraña.

LYS.—Tú eres un viejo cínico y no comprendes estas cosas. Fué una caricia maternal. Se trataba de un corazón puro, agradecido.

LETIL.—¿Y en qué paró la historia?

LYS.—Pues, un día, ya cansado, por la misma ventana que

entró se volvió a sus correrías. Y no le vi más. ¡Hombre, al fin!

LETIL.—¡Qué ingratitud! Le guardarías rencor, seguramente.

LYS.—No, le quedé muy agradecida. Gracias a él tuve una gran popularidad en el balneario. Todo el mundo hablaba de mis sentimientos, de mi buen corazón. Algunas señoras hasta me saludaban sonriendo. Créeme: me fué más útil para hacerme amistades, que mi título de baronesa.

LETIL.—No te conozco. ¡Calculando la utilidad de un desengaño!

LYS.—¿Sabes por qué? A ti puedo decírtelo, porque eres más viejo que yo. Tengo miedo a los años. Me estoy volviendo práctica, egoísta. Comprendo que es una imprudencia, a mi edad, seguir viviendo con las ventanas abiertas, pero no hay quien quiera cerrarlas.

LETIL.—¿Ni... Alberto?

LYS.—El, tampoco. Por eso estoy preocupada.

LETIL.—No te apures. En último caso, aquí me tienes a mí.

LYS.—¿Y tu mujer?

LETIL.—No importa. No sería la primera vez que la engañaba contigo.

LYS.—No es eso. Cuando yo hablo de cerrar las ventanas, y las puertas, y no permitir que nadie entre aquí, de paso, es porque pienso en casarme.

LETIL.—¡Lys!

LYS.—Ridículo, ¿verdad?

LETIL.—No..., ¡disparatado!

LYS.—Lo sé. Me lo digo a mí misma a todas horas: entre disparatado y grotesco. Una mezcla que me hace sufrir mucho. Pero no puedo dejar de pensarlo.

LETIL.—Casarte con Alberto, supongo.

LYS.—Sí.

LETIL.—¡Qué idea!

LYS.—Ha llegado, para mí, a ser una obsesión. Por eso quise que nos separásemos este verano. El ha estado en Inglaterra. Yo he pasado estos meses en un balnea-

rio de provincias, conociendo de cerca a la gente que él trata.

LETIL.—¿Y el resultado?

Lys.—Sorprendente. Todo ese mundo que me parecía tan odioso me ha acercado más a él todavía. En cada una de aquellas señoras apacibles, laboriosas, que apenas levantaban la vista para saludarme, me parecía ver a su madre, a sus hermanas, a toda esa familia suya que no conozco, pero que sé que es mi enemiga. Y esto me ha dado nuevas fuerzas. Tú sabes que me gusta la lucha.

LETIL.—Yo no sé nada de ti. Soy tu amigo más antiguo, pero cada día te conozco menos. Me aseguran que eres generosa, caritativa, abnegada. No lo dudo. Pero yo te recuerdo siempre con ese brillo misterioso en la mirada que acabo de descubrir de nuevo cuando hablabas de la familia de Alberto. Nadie diría que le quieres.

Lys.—¿Por qué?

LETIL.—No sé. Hablas de casarte con él como si se tratara de una cuestión de amor propio. Ni por un momento te has conmovido. Mira, me has emocionado mucho más contándome lo del pichón.

Lys.—No me conoces, es verdad. Si en lugar de fijarte en la mirada me hubieses escuchado, comprenderías lo que intento explicarte. Verás: dentro de poco, cuando sea de noche, tú te irás; María se encerrará en la cocina para hacerme la cena; Alberto no vendrá, seguramente, hasta mañana. Me quedaré sola en esta habitación. Esta habitación está llena de recuerdos para mí. Cada mueble, cada objeto, tiene su historia, su nombre. Aquel espejo se llama Armando, porque en él jugué yo, por primera vez, a hacer el papel de Margarita. No acabaría de contarte. Miro cualquier cosa, aquella silla, por ejemplo. Pues vuelvo a ver sentado en ella al verdadero Armando, trémulo, apasionado, balbuceando unas frases que apenas yo entonces entendía. Recuerdo sus últimas palabras. Me dijo así: "Voy a morir muy joven, pero no me importa porque muero por ti." Aquella misma noche se mató: un tiro en el pecho; allí donde le dolía. Pues recuerdo que yo me indigné mucho cuando lo supe, que me pareció un escándalo que podía perjudicarme.

Nada más. Y, sin embargo, cuando hoy me acuerdo de aquel pobre muchacho, cuando me lo imagino de nuevo ahí sentado, tal como lo vi por última vez, moviendo continuamente entre las manos un bastón y unos guantes que no sabía dónde dejar, ¡cómo me gustaría cogerle entre mis brazos, como un niño, y decirle al oído que todo había sido una broma, para asustarlo nada más! (*Una pausa.*) Aquí he vivido desde mi juventud. A pesar de todo, he sido muy feliz.

LETIL.—Me alegro.

LYS.—Es cierto: a ti te lo debo. Tú me compraste el hotel. Fuiste muy generoso conmigo.

LETIL.—No lo creas: lo compré muy barato.

*(La luz ha descendido. Lys habla ahora con voz más grave.)*

LYS.—En esta habitación murió la niña.

LETIL.—¿Tu hija?

LYS.—No, no era hija mía.

LETIL.—¡Ah!

LYS.—Nunca te lo dije. Ya habíamos roto nuestras relaciones. Al volver a encontrarnos, al cabo de los años, me pareció que haber tenido una hija me daba más importancia a tus ojos. No sé por qué. Tú ya te habías arruinado y no podías ayudarme en nada.

LETIL.—Algo me contaste, lo recuerdo muy bien.

LYS.—No te conté la verdad. Aquella niña tenía unos padres que trabajaban con Mauricio. Mauricio les habló. Me la vendieron por unos francos.

LETIL.—¡Lys!

LYS.—Les di cuanto tenía en aquel momento. Para que se fueran de París. No podía hacer más.

LETIL.—Pero...

LYS.—Aquella niña me llenó la vida. Me pasaba horas y horas a su lado, sin acordarme de nada. ¡Era tan pequeña! Una noche, cerca ya el amanecer, me desperté sobresaltada. La niña dormía al otro extremo de la casa, con María. Sentí de pronto unas ganas irresistibles de verla. Me fuí a oscuras por el pasillo y entré en el cuarto de mi hermana. Llegué a tientas hasta la cuna. La niña dormía con un sueño convulso, agi-

tado. Encendí la luz. María, en cambio, dormía plácidamente. La desperté. Se dió cuenta en seguida de lo que sucedía. La niña se nos murió aquella madrugada.

LETIL.—; Mal asunto para ti! Te traería sus complicaciones.

LYS.—No, afortunadamente no. Tú sabes que yo me paso largas temporadas sin servicio. María me lo hace todo. Estábamos solas. Llamar a un médico, ¿para qué? Desgraciadamente no podía hacer nada. ;Pobre ángel! Antes de que amaneciera, porque no había tiempo que perder, María se llevó de casa el cuerpo de la niña.

LETIL.—(*Impresionado.*) ; Lys! ; Qué dices?

LYS.—Sí, sé que estuvo mal hecho, pero ya te digo: no tuvimos tiempo ni para pensarlo. Pronto iba a ser de día. ;Fué todo tan precipitado...!

LETIL.—¿Pero no te das cuenta...?

LYS.—(*Interrumpiéndole, violentamente.*) ; Sí, me doy cuenta de todo, te lo repito! ; Reconozco que estuvo mal hecho, pero no me tortures más! ; Bastante he llorado yo durante todos estos años, bastante desgraciada he sido, sin tener siquiera el consuelo de poderle llevar unas flores, para que ahora me mires tú así, como acusándome, como si yo no hubiera sido en todo este asunto la que más he sufrido!

LETIL.—; Bueno, cálmate...!

(*LETIL enciende la luz de la escena.*)

LYS.—Perdóname. Me he exaltado. No sé qué se saca de recordar estas historias.

LETIL.—; Se la has contado alguna vez a Alberto?

LYS.—No; no le cuento nada de mi vida. Es decir, lo menos posible.

LETIL.—; Por qué?

LYS.—; Oh, dicen que tener un amante joven es una equivocación, pero no es tampoco un acierto haber tenido un amante tan viejo como tú! No comprendes nada. ; Los años, los años: te lo he dicho mil veces! Como tú tienes ya los tuyos no te preocupan los de los demás. Alberto puede dejarme en cualquier momento. Soy más vieja que él.

LETIL.—Pero te quiere.

LYS.—No lo sé. Estoy cansada de soñar. Prefiero ver las cosas como son, reales, verdaderas. Alberto es rico, simpático, inteligente. Tiene a su disposición todas las mujeres que conozco. Sé que Augusta le persigue.

LETIL.—¡Tonterías!

LYS.—No sé aún si le ha acompañado este verano a Inglaterra.

LETIL.—No lo creo. Es hombre de otros gustos. No soportaría a su lado a una mujer vulgar. Tiene mucha imaginación.

LYS.—Mucha. A veces pienso si se habrá enamorado de mí por lo que fuí, por mi vida pasada, por eso precisamente que le oculto. ¡Lo que lo habrá adornado! No sé. Nunca hemos hablado de esto, pero a él le gusta, con frecuencia, ver mis fotografías antiguas.

LETIL.—¡Cómo te torturas! ¿Dónde está ahora Alberto?

LYS.—Aquí, en París. Me escribió en seguida que regresó y por eso he vuelto yo también.

LETIL.—Pues créeme: disfruta de tu felicidad, sin pensar en el día de mañana. Como si tuvieras la vida por delante.

*(Suena prolongadamente una campanilla lejana.)*

Alguien ha entrado en el jardín.

LYS.—Es Celeste. Siempre se anuncia así.

LETIL.—¿Celeste? ¿Qué nombre!

LYS.—Es invento mío.

LETIL.—Ya hasta te permites poner nombres a las personas. ¿Quién es?

LYS.—Una chica muy joven, sin experiencia.

LETIL.—Ya se ve. Nadie se anuncia con tanto estrépito.

*(LA DONCELLA aparece por el foro.)*

LA DONCELLA.—La señorita Celeste pregunta si la señora puede recibirla.

LYS.—¡Que suba en seguida!

CELESTE.—*(Entrando, por la doncella.)* ¡Figúrese, Lys, que quería hacerme esperar...!

LA DONCELLA.—Yo, señorita...

LYS.—*(A LA DONCELLA.)* Puedes retirarte.

*(Sale LA DONCELLA. CELESTE abraza a Lys con efusión.)*

CELESTE.—¡Lys! ¡Querida Lys! ¡Qué alegría verla!

Lys.—¿Cómo estás?

CELESTE.—Perdóneme que haya entrado así. No pude contenerme. ¡Esa tonta de doncella!

Lys.—No te extrañe que no te dejara pasar. No te conoce. Ya sabes que no resisto la misma doncella más de una semana. Tengo que cambiar de servicio continuamente.

CELESTE.—En todo es usted original.

Lys.—No lo creas. Lo que sucede es que no quiero tener en casa quien me vigile de la mañana a la noche. No me gusta que se enteren de mis secretos.

CELESTE.—¿Tiene usted muchos?

Lys.—Sí. Mira, voy a presentarte. Este es el señor Letil, un viejo amigo: mi amigo más viejo.

LETIL.—Como puede verse.

Lys.—(A CELESTE.) No. Lo que quiero decirte no se vé. No es cuestión de edad, sino de años. ¿Comprendes la diferencia? El señor de Letil fué uno de mis primeros amigos. A veces no nos vemos sino al cabo de los siglos, pero siempre volvemos a encontrarnos como si no nos hubiéramos separado.

LETIL.—(A CELESTE.) A este fenómeno, jovencita, se le llama amor.

Lys.—A ti sí que te gusta poner nombres

CELESTE.—(A LETIL, por Lys.) Yo, en cambio, soy su amiga más joven, la última. Pero no se pasa un día sin que no venga yo a esta casa.

LETIL.—Puede que se trate del mismo fenómeno.

CELESTE.—¡Oh!

Lys.—No le haga caso. (A LETIL.) Esta es Celeste. Mírala despacio. ¿No está bien puesto el nombre?

LETIL.—No sé. No entiendo de colores.

Lys.—Yo sí. Por eso acerté. El celeste es un color alegre, juvenil, que obliga a mucho porque hay que ser muy bonita para llevarlo.

LETIL.—Entonces está bien puesto.

CELESTE.—Gracias.

Lys.—(A CELESTE.) ¿Qué tal? Estos piropeos no los dicen los jóvenes de hoy.



CELESTE.—(*Estrechando la mano de LETIL.*) Seremos también buenos amigos. Espero que se porte usted conmigo, por lo menos, igual que con Lys.

LYS.—No podrá.

LETIL.—¿Eh?

LYS.—No podrás, hombre. Estás ya arruinado.

LETIL.—¡Ah!

LYS.—¿Cómo le vas a comprar un hotel como éste, con lo que ha subido la propiedad?

CELESTE.—(*A LETIL, afectuosa.*) A mí no me hace falta ningún hotel.

LYS.—Puedes esperar todavía. Eres joven.

LETIL.—(*A LYS, con intención.*) Y, mientras tanto, tiene éste.

LYS.—Sí, pero sin retintín. A Celeste la quiero como si fuera hija mía. (*CELESTE la abraza.*) De haber tenido una me hubiese gustado que fuera como ella: juiciosa, obediente, incapaz de hacer locuras...

LETIL.—¿A qué llamas tú locuras?

LYS.—A las que yo hice, por ejemplo. Rodar de mano en mano, alegremente, sin pensar en el día de mañana. Celeste será distinta.

LETIL.—¿Le das lecciones?

CELESTE.—No, no es necesario. Tengo una gran maestra. Me basta observarla para aprender lo que necesito.

LETIL.—Pues como supongo que es la hora de la clase, me voy. (*Despidiéndose.*) Señorita Celeste, que sigan sus progresos. Como llegue usted a ser como su maestra, tiemblo ya por dos generaciones.

LYS.—(*A CELESTE, con ironía.*) Siempre ha sido muy impresionable. Ahí donde lo ves, el pobre, con su facha tan respetable, no ha hecho más que pervertir a cuantas mujeres ha conocido. Tuvo también su escuela.

LETIL.—Vacía.

LYS.—¡Huíamos todas, despavoridas! Anda, vamos: te acompaño. No te guardo rencor.

(*Salen Lys y LETIL por el foro. CELESTE mira por la habitación. Coge de una mesa un retrato de Lys, que contempla fijamente. Lys vuelve a aparecer.*)

CELESTE.—Me tiene usted que dar este retrato suyo.

LYS.—Ese no. Es el preferido de Alberto.

*(Suena, lejos, la campanilla del jardín.)*

CELESTE.—¿Quién será?

LYS.—Nadie. Es Letil que sale. ¿Qué te ha parecido?

CELESTE.—Muy bien; como todos los viejos. ¡Lástima que sean más inteligentes que los jóvenes!

LYS.—Cuando tengas mis años lo agradecerás.

CELESTE.—*(Volviendo a mirar la fotografía.)* La verdad es que está usted muy guapa en este retrato. No me canso de mirarlo. ¡Qué bien le sienta el traje blanco!

LYS.—Siempre tuve debilidad por el blanco. Fué una equivocación.

CELESTE.—¿Por qué?

LYS.—No sé cómo explicártelo. Estaba todo demasiado claro: mis ímpetus, mis arrebatos...

CELESTE.—A los hombres, antes, les gustaban las mujeres apasionadas.

LYS.—¡Vaya usted a saber el gusto de los hombres!

CELESTE.—No sabemos nada, ¿verdad?

LYS.—Ni ellos tampoco. Es un gusto... variante. Les atraen todas las mujeres. No lo comprendo.

CELESTE.—A mí me dijo uno, hace poco, que no es verdad que los hombres puedan enamorarse al mismo tiempo de varias mujeres, sino una después de otra.

LYS.—Sí, los hay ordenados. Pero cuéntame, ¿qué ha sido de ti durante este tiempo? ¿Recibiste el dinero con puntualidad?

CELESTE.—Cada mes. Gracias.

LYS.—No tienes que darme las gracias. Para mí es una alegría poder ayudarte.

CELESTE.—Ya lo sé.

LYS.—Estos son tus años difíciles, mientras seas joven. Nos aficionamos a cualquiera, nos descuidamos, ponemos el corazón en el primero que nos habla —¡los hombres nos hablan tan poco cuando somos jóvenes!—, y un día, sin saber cómo, te encuentras llamando a una puerta. Ya sabes a qué puerta.

CELESTE.—No me lo recuerde.

LYS.—Cuando me dijiste que ibas a casa de la Tarpeau fué como si me apretaras la garganta.

CELESTE.—No sé por qué se lo dije.

LYS.—Estábamos solas, en aquel café. Yo esperaba a Alberto. ¡Me pareciste tan desamparada! Yo también había trabajado para ella hacía veinte años. La encargada se llamaba Leontine.

CELESTE.—Vive aún.

LYS.—También me lo dijiste y volví a ver aquella casa, tal como era entonces: la sala de damasco, el pasillo iluminado desde por la mañana, las flores artificiales en el vestíbulo. Esos colores y esa luz se me quedaron aquí dentro, en los ojos. Cuando los cierro para dormir, son todavía mi pesadilla. ¡No, no hablemos más de eso! Cuéntame otra cosa. Dame alguna noticia divertida. ¿Sabes alguna?

CELESTE.—Sé una increíble.

LYS.—A ver.

CELESTE.—Su amiga Rosa se casa.

LYS.—¿Qué Rosa?

CELESTE.—La Pompón.

LYS.—¿Cómo? ¿Rosa Pompón? ¡No es posible!

CELESTE.—La misma.

LYS.—¡No puede ser!

CELESTE.—Se lo aseguro. Me lo dijo este verano.

LYS.—¡Pero si Rosa es ya una vieja!

CELESTE.—No lo cree ella así. Ni el novio tampoco.

LYS.—¡No, no! No te creo. Aunque ella misma me lo dijera, no lo creería. La conozco. Ha sido una farsante toda su vida.

CELESTE.—Pues puede que se haya casado ya.

LYS.—¡Imposible! Rosa no puede casarse porque es un ser ridículo, una de esas viejas grotescas, odiosas, que no sabes si te dan lástima o te hacen reír. Sería monstruoso que se casara.

CELESTE.—Yo creí que iba a alegrarle la noticia.

LYS.—Ni me alegra ni me apena. Me repugna, nada más.

CELESTE.—¿No eran ustedes muy amigas?

LYS.—Sí. ¡La Pompón! Yo le puse el nombre. Era mucho mayor que yo; pero se sometía fácilmente a mis capri-

chos. Regordeta, sosa, inexpresiva, con su cara redonda, sonriente, no le iba mal el mote. Hasta tenía cierta gracia. Pero los años pasaron y a la muy torpe no se le ocurrió cambiárselo, no se dió cuenta de que una vieja que se llamara Rosa Pompón era para provocar la carcajada. No he conocido a nadie menos inteligente. ¡Y se casa!

CELESTE.—Aún no le he dicho con quién.

LYS.—No me importa. Siempre hay un viejo inmundo para estos casos.

CELESTE.—Se equivoca. Se casa con un joven.

LYS.—¿Eh?

CELESTE.—Se casa con un hombre treinta años más joven que ella. Ella misma me lo presentó.

LYS.—¿Qué?

CELESTE.—Rosa lo llevó a la *brasserie* para que lo conociéramos. El pobre debe estar muy enfermo. Daba lástima. Parecía muy fatigado, como si tuviera poca salud.

LYS.—Entonces, ¿qué es lo que se propone esa mujer? ¿Enviudar? ¿Para qué? ¿Qué beneficio va a sacar de que un hombre la abandone acabada de casarse? ¿No la han abandonado ya bastantes hombres en su vida?

CELESTE.—Rosa me lo explicó. Ya sabe que le gustan mucho las confidencias. Parece ser que no está tan enfermo. Quiero decir, para morirse; que cuidándolo mucho, como ella está dispuesta a hacerlo, puede vivir muchos años todavía. Se emocionó al decírmelo. Le hubiera sorprendido. El pensar que va a consagrar el resto de su vida a un solo hombre, la ha transformado.

LYS.—¿Qué extraño!

CELESTE.—¿Verdad que sí?

LYS.—¿Por qué extraños caminos puede llegar la felicidad!

CELESTE.—No diría yo tanto.

LYS.—Al menos, la tranquilidad. (*Lys contempla el jardín desde el mirador. Hay otra pausa.*) Dime: y de Augusta, ¿qué has sabido?

CELESTE.—(*Tras una ligera vacilación.*) Poca cosa.

LYS.—No debes engañarme. Augusta vió a Alberto este verano, ¿no es cierto? Contéstame.

CELESTE.—Creo que sí.

LYS.—Y le acompañó en su viaje a Inglaterra.

CELESTE.—No. Ella se fué antes.

LYS.—Ya. Estaban de acuerdo.

CELESTE.—Alberto me lo negó. Fui a verle a su casa. Me aseguró que no iba a reunirse con ella.

LYS.—(*Sorprendida.*) ¿Hablaste de eso con Alberto?

CELESTE.—Sí.

LYS.—¡Qué ocurrencia! Se reiría de ti. Pensaría incluso que yo te había dejado en París para que lo espieras.

CELESTE.—Sí, eso me dijo.

LYS.—Hace tiempo que Augusta se puso en mi camino. La veo parada, delante de mí, aguardándome. Yo he fingido que no me he dado cuenta, pero Alberto se ha fijado en ella. Este verano he querido comprobarlo.

(*MARÍA, mujer de edad, con aspecto de criada, entra bruscamente por la derecha.*)

MARÍA.—A ver, Juana, qué hacemos con ése. No se va.

LYS.—¿Quién?

MARÍA.—¿Pues quién ha de ser? Mauricio.

LYS.—¿Pero está ahí todavía?

MARÍA.—Todavía (*Secamente a CELESTE.*) Hola.

CELESTE.—(*Afectuosamente.*) Buenas noches.

MARÍA.—(*A LYS.*) Tú dirás qué le digo.

LYS.—A ver qué es lo que quiere.

MARÍA.—¿Qué va a querer?

LYS.—¿No le has dado dinero?

MARÍA.—Sí, pero le ha parecido poco.

LYS.—¿Cómo es eso?

(*Salen Lys por la derecha. MARÍA y CELESTE se miran en silencio.*)

MARÍA.—¿Qué? ¿Por qué no te vas?

CELESTE.—Espero a Lys para despedirme.

MARÍA.—¡Qué finas sois las dos!

CELESTE.—¿Le molesta?

MARÍA.—Si te quedaras en tu casa, si es que tienes alguna, no harían falta estas despedidas.

CELESTE.—Yo vengo aquí a ver a Lys. No me importa lo que usted piense.

MARÍA.—Tú eres una hipócrita. A ti te gusta Alberto. Por eso vienes.

CELESTE.—¡Mentira!

MARÍA.—No te atreves a mirarlo. Pero él no te quita los ojos de encima.

CELESTE.—Si supiera que eso es verdad no volvería por esta casa.

MARÍA.—Pues ya lo sabes. No vuelvas.

*(Entra Lys por la derecha.)*

LYS.—*(A MARÍA.)* ¿De dónde has sacado que a Mauricio le ha parecido poco lo que le diste? Dice que él no ha hablado de dinero.

MARÍA.—¡Pero si no sabe hablar de otra cosa!

LYS.—Lo que me ha dicho es que está sin trabajo, que le gustaría quedarse aquí estos días.

MARÍA.—¿Y eso? ¿No es también dinero? ¿No hay que pagar sus gastos?

MAURICIO.—*(Entrando decidido, por la derecha.)* ¡Yo no necesito que nadie me pague nada, porque sé ganarme un jornal como quiera que sea! En esta casa he trabajado de todo: de electricista, de fumista, de fontanero... Siempre hay una manera de ganarse la vida para un hombre honrado. Si estamos en huelga, ¿qué culpa tengo yo? A los hijos los he dejado con unos vecinos para poder buscar trabajo en otra parte. En esta casa siempre hay algo que hacer: que si la cocina, que si el jardín... Lo que pasa es que tú no nos puedes ver a los que queremos bien a Juana. *(A CELESTE.)* ¿No es verdad?

CELESTE.—Es mucha verdad.

MARÍA.—¡Ya habló la otra!

MAURICIO.—Porque lo que te gustaría es guardártela para ti sola, convencerla de que nadie la quiere como tú.

MARÍA.—Eso ella lo sabe. Por algo soy su hermana.

MAURICIO.—¡Eres su hermana por lo que te conviene!

LYS.—¡Mauricio!

MARÍA.—¡Déjalo! Si va a resultar que quien te quiere más es él.

MAURICIO.—Así es.

MARÍA.—Sí, tú la quieres, pero como un perro: echado a sus pies, sin moverte. No sabes abrir la boca sino para que te dé de comer.

(MAURICIO da un paso amenazador hacia MARÍA. LYS le detiene. Le acaricia la cabeza, como a un perro.)

LYS.—Cada cual quiere a su manera. Mauricio, procurando no molestarme en nada. Tú (*A MARÍA.*), molestándome a todas horas.

MARÍA.—(*Irritada, señalando a CELESTE.*) ¿Y ésa? ¿Cómo te quiere ésa?

LYS.—Esa me demuestra su cariño con la paciencia que tiene contigo.

MARÍA.—¡Bien! ¡Sigue, sigue! Sigue animándola, para que se crea la dueña de esta casa. Poco le falta ya.

LYS.—Aquí la única dueña soy yo, y de eso es de lo que te olvidas con frecuencia. Lo que yo disponga, bien dispuesto está. Tú no tienes por qué dar tu opinión. Mauricio se quedará con nosotros estos días.

MARÍA.—¡Lo sabía, lo sabía antes de que me lo dijeras! Esta ya no es una casa tranquila. Todo el mundo entra y sale a todas horas. El que no se queda a comer, duerme en su cama tan a gusto. ¿Y crees que eso le puede gustar a ningún hombre? Perderás al que tienes, y al que venga también.

LYS.—¡Cállate, María!

MARÍA.—¡No me callo! Tengo que defender lo tuyo. Tú no te das cuenta. Todos a explotarte. ¡Y tú tan contenta, con tal de parecer una reina y que todos te adulen!

LYS.—¡Cállate!

(*Suena la campanilla del jardín. Unos a otros se miran y cambian de actitud. LYS se acerca al mirador.*)

MARÍA.—(*A los otros, bajando la voz.*) ¡Perdida la veré, por culpa vuestra!

LYS.—(*Después de mirar al jardín.*) ¡Salid, pronto! Es Alberto. No quiero que os encuentre aquí.

CELESTE.—Cuanto siento...

LYS.—Vuelve mañana. (*A MARÍA.*) Y tú, ya me has oído: ¡largo, a la cocina!

(Lys sale por el foro.)

MARÍA.—(Después de salir LYS.) ¡Pues cuando el señor se canse de este desorden, ya me dirás lo que voy a hacer en la cocina! ¡Andad, vosotros! (A CELESTE.) Saldrás por la puerta de servicio. Por ella deberías entrar también, cada vez que vinieras a esta casa.

CELESTE.—No, porque me encontraría con usted.

(Salen los tres por la derecha. La escena queda sola un instante. Por el foro entran LYS y ALBERTO.)

LYS.—(Cariñosa.) Déjame mirarte bien. Aquí, a la luz. No sé si me acuerdo de tu cara. A ver... Sí, empecé a reconocerla: es la misma. Un poco más fatigada.

ALBERTO.—(Con humor.) ¡Qué quieres! ¡Los años!

LYS.—No exageres. Dos meses nada más. ¿Qué? ¿Te has divertido mucho?

ALBERTO.—He hecho vida de reposo, aunque no se note en la cara. Me he pasado casi todo el verano en Brighton.

LYS.—¿Solo?

ALBERTO.—¡No! ¡Con miles de veraneantes! No sabes el éxito de esa playa.

LYS.—Augusta vino contando maravillas.

ALBERTO.—¿Augusta? ¿Estuvo en Brighton? No la vi.

LYS.—Llegó antes que tú.

ALBERTO.—¡Qué raro! Yo hablé con ella en Londres, pero me dijo que pensaba volverse a París en seguida.

LYS.—¡Ah! ¿Hablaste con ella?

ALBERTO.—Sí. Celeste tenía razón.

LYS.—¿Celeste? ¿Qué tiene que ver Celeste con lo que estamos hablando?

ALBERTO.—Vino un día a verme, muy apurada, asegurándome que Augusta estaba en Londres. ¿No te lo ha dicho?

LYS.—No.

ALBERTO.—¡Qué discreta!

LYS.—Pero oye: ¿por qué estaba tan apurada?

ALBERTO.—Verás: tenía la sospecha de que yo te engañaba. ¿Vas a sentir celos de Augusta?

LYS.—¿Por qué no? Es muy guapa,



ALBERTO.—No lo niego.

LYS.—Tiene mucho éxito

ALBERTO.—¿Crees tú?

LYS.—Estoy convencida. A los hombres, en general, les gusta esa clase de mujeres. Se sienten con ellas más cómodos.

ALBERTO.—Puede ser. Con una mujer inteligente, como tú, no sabe uno, en cambio, ni de qué hablar. Pensando estoy, desde que entré, en cómo voy a decirte que no te he traído ningún regalo del viaje.

LYS.—Pues así, diciéndomelo. Ya ves qué sencillo.

ALBERTO.—Lys, te quiero. Esto no tiene qué ver tampoco con lo que estamos hablando, pero es necesario que te lo diga.

LYS.—Si te calma los remordimientos...

ALBERTO.—¿Cuántos años hace que nos queremos?

LYS.—Que te quiero yo a ti, muchos.

ALBERTO.—¡Qué nos queremos los dos, no le des vueltas! No hubiéramos podido vivir juntos, tantos años, queriendo uno sólo nada más.

LYS.—No hemos vivido juntos, sino cada uno en su casa.

ALBERTO.—Es lo mismo. Mira, al venir aquí esta noche, por el camino, no sabes la ilusión con que pensaba en todo esto: en ti, en este rincón, en esta vida tuya llena de paz, de tranquilidad. Es curioso: a veces tengo la sensación de estar casado contigo desde hace mucho tiempo, de que tú eres una de esas mujeres pacientes, maternales, que lo perdonan todo.

LYS.—Así soy. ¿Qué remedio me queda?

ALBERTO.—Me he pasado toda la juventud a tu lado, pero no me pesa. Me he acostumbrado tanto a esta vida nuestra, que no concibo otra. Me costaría mucho trabajo olvidarte.

LYS.—Pero me olvidarías al fin. Eso es lo malo. Siempre hay una señorita en provincias dispuesta a casarse con un calavera. No escarmientan jamás.

ALBERTO.—No me hagó ilusiones. Ya estoy hecho un viejo. ¡Los años pasan, Lys!

LYS.—No tan de prisa como yo quisiera.

ALBERTO.—¿Para qué quieres que pasen más de prisa?

LYS.—Para verte envejecer, pero envejecer de verdad. Para que a nadie se le ocurriera ya mirarte. Entonces serías para mí sola.

ALBERTO.—¿No lo soy ahora?

LYS.—No. Presiento que puedo perderte en cualquier momento.

ALBERTO.—Me acuerdo muy bien del día en que nos conocimos. Fué en un baile, en la Opera. Llevabas un traje azul.

LYS.—Blanco.

ALBERTO.—Azul.

LYS.—Me confundes con Augusta.

ALBERTO.—Yo juraría que no te confundo con nadie.

LYS.—No lo jures.

ALBERTO.—Estabas en un palco: en el 32.

LYS.—En el 23.

ALBERTO.—¡Ah!

LYS.—Veo que tus recuerdos son bastante imprecisos.

ALBERTO.—Alguien me dijo: “esa mujer ha sido la más bella de París”.

LYS.—(*Dolida.*) ¡Alberto!

ALBERTO.—¿Qué?

LYS.—Nada.

ALBERTO.—Entonces quise conocerte. Nos presentaron. Juraría que el traje era azul.

LYS.—No insistas. Puedo enseñártelo cuando quieras.

ALBERTO.—¿Lo conservas aún?

LYS.—Como una reliquia.

ALBERTO.—Entonces eras tú muy popular. Todo el mundo hablaba de tu coche negro, charolado, tirado por un par de tordos que entraban en el bosque con un trote furioso. Te anunciaban desde lejos como el mar, con el ruido de las olas encrespadas, y entre las olas aparecías tú...

LYS.—Como Venus.

ALBERTO.—No. Hubiera sido demasiado escándalo. No te digo el color de los trajes que te ponías entonces por si vuelvo a confundirme. Tenías una leyenda deslumbrante. Creo que todos los jóvenes estábamos un poco enamorados de ti.

LYS.—Muchos me lo decían en seguida, pero tú tardaste algún tiempo.

ALBERTO.—Sí, lo recuerdo también.

LYS.—Será mejor que te calles. No es cosa de que te confundas de nuevo y me cuentes otra aventura.

ALBERTO.—Lo nuestro no fué nunca una aventura. Lo he pensado muchas veces. Te aseguro que el día que nos separemos...

LYS.—*(Bruscamente.)* ; No hablemos de eso!

ALBERTO.—; Bueno, era un decir...!

LYS.—; Cenamos en casa o nos vamos a comer fuera?

ALBERTO.—Yo prefiero aquí. Pero, ; qué te pasa? ; Por qué te has quedado tan seria?

*(Lys no contesta. Da unos pasos en silencio. Se detiene ante un espejo y se mira en él, largamente. Luego, de pronto, rompe a llorar; cubriéndose el rostro con las manos. ALBERTO se le acerca, solícito, y la abraza.)*

Pero, ; por qué lloras, Lys, por qué lloras?

LYS.—*(Entre sollozos.)* ; Déjame! ; Déjame!

T E L O N

## ACTO SEGUNDO

*(El mismo decorado. Al día siguiente, a primera hora de la tarde. CELESTE y MARÍA trabajan en los últimos arreglos de un traje de baile, blanco, de Lys. A distancia, MAURICIO observa en silencio, sentado también, la labor de las dos mujeres.)*

MARÍA.—Hay caprichos que no comprendo: querer llevar al baile el mismo traje, porque tiene que ser el mismo, y cambiarle, sin embargo, la forma.

CELESTE.—Había que modernizarlo.

MARÍA.—Entonces, ya no es el mismo.

CELESTE.—Sí lo es. Para, lo que quiere Lys es igual.

MARÍA.—Ha estado muy nerviosa todo el día. Apenas almorzó.

CELESTE.—No tendría apetito.

MARÍA.—No te las des de graciosa conmigo. A ver: coge por ahí. Estira bien la falda.

*(Las mujeres siguen trabajando. MAURICIO saca un cigarillo de una caja de plata colocada en una mesa.)*

MAURICIO.—¿Puedo fumar de estos cigarillos?

MARÍA.—¿De cuáles?

MAURICIO.—De estos. *(Oliendo uno.)* Están perfumados.

MARÍA.—Los ha traído Alberto de Londres.

MAURICIO.—Pero supongo que el tipo ése no los habrá contado. *(Enciende el cigarillo.)*

CELESTE.—Podías ser más respetuoso.

MAURICIO.—Tú a mí no me das lecciones.

MARÍA.—¿Ya te enseñaría yo a hablar si fuese Juana! No te ibas a olvidar de que el tipo ése, como tú lo llamas, nos da a todos de comer.

MAURICIO.—A vosotras. A mí, no.

CELESTE.—*(A MARÍA, irónica.)* A él sólo le da de comer los domingos.

MAURICIO.—¿Qué dices tú?

MARÍA.—Y los viernes y los sábados. Este es de los que se quedan una temporada a la primera invitación.

MAURICIO.—Pero no pongo reparos al trabajo. Sea el que sea. Todo el día me habéis traído de aquí para allá, como si fuera una mujer: que si hacen falta unos encajes para la enagua, que busque unos botones de nácar... ¡Hasta se reían de mí en las tiendas!

MARÍA.—Sabes que no teníamos a quién mandar. A Juana se le ocurrió esto del arreglo cuando ya había despedido a la doncella.

MAURICIO.—¡Pues podía haberla despedido mañana, y no en un día como hoy, de tanto ajeteo!

MARÍA.—Juana hace lo que quiere.

MAURICIO.—No lo discuto. Pero ya he hecho todo lo que se me ha mandado. ¡Me parecía a mí que podía fumar-me un cigarrillo!

CELESTE.—Y te lo estás fumando.

MAURICIO.—(Con asco.) No es tabaco para hombres.

CELESTE.—No te vaya a hacer daño.

MAURICIO.—Tú te burlas mucho de mí, pero en esta casa no eres tan útil como yo.

CELESTE.—Si sabes coser mejor, te doy la aguja.

MAURICIO.—(Tirando el cigarrillo.) ¡Coser! A eso no llamo yo trabajar. Eso cansa muy poco.

MARÍA.—¡Si llevaras seis horas con el dichoso traje...!

CELESTE.—(A MARÍA.) A Mauricio lo que le pasa es que está ofendido. No le han invitado al baile. Es muy susceptible. Acuérdate de cuando Lys lo quiso casar.

MAURICIO.—¿Y qué?

CELESTE.—Querías una mujer de mundo, elegante, muy perfumada. Como los cigarrillos.

MAURICIO.—Como Juana.

CELESTE.—Lys te la encontró en seguida. No estaba mal aquella amiga suya, la Yordi. Pero cuando supiste que decía que no le gustabas, porque tenías manos de obrero, te retiraste en el acto, ofendido.

MAURICIO.—¿Pues de qué iba a tener manos, pregunto yo?

CELESTE.—Muy bien preguntado.

MAURICIO.—Uno tiene su amor propio.

CELESTE.—A ti, en el fondo, la única mujer que te ha gustado siempre ha sido Lys.

MARÍA.—(A CELESTE.) No te permito que lo digas ni en broma.

MAURICIO.—Pues es verdad.

MARÍA.—¡Claro que es verdad! ¡Por eso no se puede tomar a broma!

(*Entra Lys por el arco de la derecha.*)

LYS.—¿Qué? ¿Cómo va el trabajo? Veo que ya está casi terminado.

MAURICIO.—No sé cómo... ¡No hacen más que hablar!

LYS.—¿Estás disgustado?

MAURICIO.—Sí.

LYS.—¿Por qué?

MAURICIO.—Todos son a maltratarle a uno, como si uno no fuera también de carne y hueso.

LYS.—(A las mujeres.) ¿Qué le habéis hecho?

MARÍA.—(Por CELESTE.) Esta, tu amiga del alma, se ha estado burlando de él.

LYS.—¿Es verdad, Celeste?

MARÍA.—Porque cuando tú no estás delante, la jovencita es muy despabilada.

CELESTE.—Total, una broma sin importancia.

MAURICIO.—¡Una broma de esas que te hacen poner colorado! ¡Que si mis manos son como son...! Y no se dan cuenta de la paciencia que uno tiene. ¡Después de lo que he hecho por ellas, toda la tarde! No creas que María se ha portado mejor. También se ha reído de mí. ¡Y María debía saber que yo soy capaz de romperles la cabeza a las dos!

LYS.—¡Mauricio!

MAURICIO.—Perdóname. Me han puesto nervioso. Ya sé yo que no voy a pegar a unas mujeres. Mis manos se han hecho para algo más.

LYS.—(A las mujeres.) Id a planchar el traje. No perdáis más tiempo.

(*CELESTE y MARÍA salen por la derecha.*)

MAURICIO.—¡Di tú que porque te tengo demasiado respeto...!

LYS.—No les hagas caso. Siento que te hayan disgustado.

Tú sabes que yo te quiero de verdad.

MAURICIO.—No sé si de verdad.

LYS.—No lo dudes nunca.

MAURICIO.—Cuando veo la vida que haces, tanto entrar y salir, tanto afanarte por los hombres, que ninguno te ha querido como te mereces; y la María, que es una egoísta, que sólo piensa en aprovecharse de ti, y la Celeste, que tampoco te quiere bien, aunque tú no lo creas... Cuando te veo así, tan mal rodeada, se me ocurre pensar que puede que hubieras sido más feliz conmigo.

LYS.—¿Y de qué habiéramos vivido?

MAURICIO.—De mi trabajo.

LYS.—Tú has tenido la culpa de lo que nos ha pasado. Te quedaste atrás.

MAURICIO.—¡Háblame claro, Juana! ¡Mira que quiero entenderlo!

LYS.—Un día lo comprenderás con claridad. Cuando te des cuenta de lo que me propongo.

MAURICIO.—¿Por qué dices que me quedé atrás?

LYS.—Porque no has sido en toda tu vida más que un desgraciado. No, no te ofendas conmigo. Yo puedo decirte lo que quiera. Tengo más derecho que ellas. Porque he sido tu amiga, tu amiga de la infancia, desde aquellos días en que correteábamos juntos, por las calles. ¡Te quedaste atrás, Mauricio! Yo corrí más que tú.

MAURICIO.—Ya. No pude alcanzarte.

LYS.—Eso. ¿Ves cómo empiezas a entenderlo? Cuando yo era ya una señorita elegante, de esas que a ti te gustan, tú seguías sin saber aún cómo ganarte la vida. A mí me hubiese gustado mucho ver que mejorabas de posición, que te hacías un hombre rico, como los otros, pero no fué así.

MAURICIO.—Ya he trabajado siempre, lo que he podido.

LYS.—Pero no has salido del jornal.

MAURICIO.—Porque no estaba a tu lado. Contigo hubiera sido otra persona, estoy seguro. Lo que hace un hombre puede hacerlo otro. Tú me hubieras aconsejado.

LYS.—¡Para consejos estaba yo!

MAURICIO.—Es lo que a mí me ha faltado: alguien que me dijera lo que tenía que hacer.

LYS.—Es lo que nos ha faltado a todos. Por eso había que ser muy listo.

MAURICIO.—*(Tras una pausa.)* ¿Crees tú que sería demasiado tarde?

LYS.—¿Para qué?

MAURICIO.—Para que yo viviera contigo. Siempre.

LYS.—Te olvidas de lo que quiero a Alberto.

MAURICIO.—A mí no tendrías obligación de quererme. ¡Con tal de estar a tu lado...!

LYS.—Ni aún así.

MAURICIO.—Bueno, si ahora no puede ser, el día de mañana...

LYS.—¿Cuándo?

MAURICIO.—Cuando Alberto te deje.

LYS.—*(Reaccionando, con violencia.)* ¿Qué has dicho? ¡Repítelo si te atreves! ¡Quiero oírlo otra vez!

MAURICIO.—*(Atemorizado.)* Yo, Juana...

LYS.—¿Cómo has tenido el valor de decirme...?

MAURICIO.—No sería el primer hombre que deja a una mujer. Todos terminan por cansarse.

LYS.—Pues las mujeres también se cansan de los hombres. ¡Fuera de aquí!

*(En la puerta del foro aparece ALBERTO. LYS cambia rápidamente de actitud.)*

LYS.—¿Ah, eres tú? No te oí entrar.

ALBERTO.—La llave hace poco ruido, y como ya no hay campanilla en el jardín...

LYS.—Es verdad. Le dije a Mauricio que la quitara.

MAURICIO.—Lo hice esta mañana.

LYS.—Me ponía muy nerviosa. Como Mauricio.

ALBERTO.—Espero no haber interrumpido una escena de familia.

LYS.—No. Había terminado.

MAURICIO.—Si no mandas otra cosa...

LYS.—Puedes irte. María te dirá si hay algo más que hacer.

*(MAURICIO se dirige hacia la derecha.)*

ALBERTO.—Adiós, hombre.



MAURICIO.—Buenas tardes. (Sale.)

LYS.—(Por MAURICIO.) ¡Imbécil!

ALBERTO.—¿Qué le pasa?

LYS.—¡Hay que ver qué pretensiones! La culpa la tengo yo por haberle dado tantas alas.

ALBERTO.—¿Sigue enamorado de ti?

LYS.—¡A cualquier cosa llamas tú enamorarse! No creas que es tan tonto como parece.

ALBERTO.—No lo parece. En esta casa se ha hecho imprescindible.

LYS.—Yo no lo necesito para nada. Es él el que saca su provecho. No sabe sino estar pegado a mis faldas.

ALBERTO.—¡Cuántas personas necesitan de ti! ¿Te das cuenta?

LYS.—¿Me necesitas tú?

ALBERTO.—Sí.

LYS.—¡Pues es lo único que me importa! ¿Qué? ¿Qué te ha parecido lo del baile? Se me ocurrió esta mañana.

ALBERTO.—Sí, se ve que no lo has pensado mucho.

LYS.—¿Por qué?

ALBERTO.—No sé. Hace tiempo que no salimos juntos. Es posible que la gente nos haya olvidado.

LYS.—¿Y qué?

ALBERTO.—Pues que no veo el motivo para exhibirnos de nuevo.

LYS.—Yo no había pensado en exhibirnos, sino en estar juntos.

ALBERTO.—Podemos quedarnos aquí.

LYS.—¿No quieres que te vean conmigo?

ALBERTO.—¡Qué tontería!

LYS.—Puede que si se tratara de otra mujer...

ALBERTO.—¿De quién?

LYS.—¿Cómo voy a saberlo? Hemos estado dos meses separados.

ALBERTO.—Por eso tenemos mucho que hablar.

LYS.—Aquí no: en el baile. Soy yo la que tiene que hablarte. Me pondré mi traje blanco, el mismo con que te conocí. Así te convencerás de que es blanco. Quiero hacerme la ilusión de que todo es igual que entonces, de que vamos a conocernos de nuevo. No tendré contigo

ningún fingimiento, ni disimulo, ni coquetería. Me verás como soy, pero sin la angustia de tener que ocultarte a cada paso mis dudas, mis temores, mis preocupaciones.

ALBERTO.—¿Pero por qué los ocultabas?

LYS.—Porque estaba equivocada. Porque creía que era mejor, para conservarte a mi lado, que tuviéramos una vida llena de mentiras. Al cabo del tiempo me hubiera avergonzado que descubrieses la verdad.

ALBERTO.—¿Qué verdad?

LYS.—Que estaba enamorada. No lo pude evitar. Fué como si un buen día, de pronto, me olvidara de todo, menos de ti. Me llenaste la vida por completo.

ALBERTO.—¡Tanto mejor!

LYS.—No. Mi cariño por ti, desde entonces, se convirtió en un gran sufrimiento. Me vi perdida desde el primer instante. Sabía que un día, fatalmente, tendríamos que separarnos.

ALBERTO.—¡Ah! ¿Era de eso de lo que ibas a hablarme esta noche?

LYS.—Sí. Pero necesitaba mi traje blanco, la música, mi palco. Eran mis últimas armas.

ALBERTO.—¿Para qué?

LYS.—Para conquistarte de nuevo. Ya ves si ahora soy sincera.

ALBERTO.—Pues de acuerdo. Me has convencido: iremos al baile.

LYS.—(Contenta.) ¿De veras?

ALBERTO.—¿A qué hora vengo a buscarte?

LYS.—... ¡Cuánto te lo agradezco! Pero tú no puede venir a buscarme. Te olvidas de que no nos conocemos todavía.

ALBERTO.—Es verdad. ¿Qué hacemos entonces?

LYS.—Ya nos encontraremos. No te extrañe que llegue tarde. ¡Figúrate el tiempo que perderé ante el espejo, sabiendo que voy a conocerte!

ALBERTO.—Te aguardaré impaciente, mirando todos los palcos.

LYS.—Conque mires el mío es suficiente.

ALBERTO.—Lys, me siento rejuvenecido. ¿Cuántos años me debo quitar?

Lys.—No hablemos de años.

ALBERTO.—A cualquier edad se puede ser feliz.

Lys.—¿Lo eres tú?

ALBERTO.—Sí. ¿Y tú?

Lys.—Lo seré esta noche.

(MARÍA entra por la derecha.)

MARÍA.—(A Lys.) Ahí tienes una visita.

Lys.—¡Oh, qué fastidio! ¿Quién es?

MARÍA.—La Pompón.

Lys.—Díle que no estoy en casa.

ALBERTO.—Un momento, María. (MARÍA se detiene. A Lys.)

¿Por qué no la recibes? Me divertiría conocerla.

Lys.—No merece la pena.

ALBERTO.—Tú misma me has dicho muchas veces que es un ser de lo más extravagante. María, dígale que suba.

(MARÍA sale por el foro.)

Lys.—¡Qué buen humor! No comprendo ese interés.

ALBERTO.—¿No se trata de una amiga tuya?

Lys.—Una amiga de otros tiempos. Una vieja loca, con su pelo amarillo y la cara pintarrajeada de muñeca. Se habrá puesto, además, uno de sus trajes de gala para venir a verme. Entrará toda envuelta en lazos y colores, como una jovencita de quince años. Ahí la tienes.

(En el foro aparece ROSA POMPÓN. Es casi una anciana. Bajo su toca sencilla asoma el pelo, encanecido. Viste un abrigo oscuro, cerrado, y lleva en la mano un bolso. Habla con dulzura, suavemente. Toda su persona respira placidez.)

ROSA.—Buenas tardes.

Lys.—(Sorprendida.) ¡Rosa...! ¿Eres tú?

ROSA.—La misma.

Lys.—Acércate. Déjame mirarte.

(ROSA se acerca. MARÍA cruza la escena y sale por la derecha, mirando también a la recién llegada.)

ROSA.—¿Me has reconocido ya?

Lys.—Sí.

ROSA.—Creí que estabas sola. María no me dijo nada.

LYS.—No importa. Voy a presentarte: el señor de Rec. Mi amiga Rosa Pompón.

ROSA.—(*Sonriendo.*) No le haga usted caso. Su amiga Rosa murió. Yo soy Julia Berard: madame Berard.

ALBERTO.—Lys me había hablado mucho de usted... ¡bueno, de su amiga! Tenía un nombre precioso.

ROSA.—Ella me lo puso. ¡Cosas de la juventud! (*A Lys.*) No creas, cuando lo cambié por este que ahora llevo me dió cierta pena. Parece mentira: una cosa sin importancia, como al fin y al cabo es el nombre, ¡y lo que llega uno a quererlo!

LYS.—¡Se quieren tantas cosas...!

ROSA.—Muy cierto.

LYS.—Lo malo es que, a veces, hay que renunciar a todas.

ROSA.—A todas, no. No podríamos.

LYS.—Supe que ibas a casarte.

ROSA.—Me he casado ya. No sabes lo que se rieron de mí. Es natural. Me veían con mis trajes de colores, mis flores y mis pinturas... ¡No podían tomarme en serio!

LYS.—Si te casabas por cariño...

ROSA.—Eso sí. Pero la gente nunca cree lo mejor. (*Hay un silencio.*) Sentiría haber sido indiscreta.

LYS.—Nada de eso.

ROSA.—Te habrá sorprendido verme así vestida. Los primeros días me arreglaba, como siempre. Luego el cansancio... ¡Da mucho trabajo cuidar a un enfermo! Terminé por abandonarme. Y así estoy: hecha una vieja.

LYS.—¿Y él, no te ha dicho nada del cambio?

ROSA.—(*Sencillamente.*) No, ni siquiera lo ha notado.

LYS.—¡Menos mal!

ROSA.—(*A ALBERTO.*) Salgo ahora muy poco. Me volvía a casa, ya de retirada, y quise aprovechar el estar en la calle para venir a ver a Lys. Le debía esta visita.

ALBERTO.—Pues les dejo a ustedes. Veo que tienen mucho que hablar.

ROSA.—Por mí no se vaya. No quisiera haber venido a estorbarles.

ALBERTO.—No se preocupe. Nos veremos esta noche, Lys. (*A ROSA.*) Vamos al baile de la Opera.

ROSA.—Muy bien hecho: ¡Cuántos recuerdos!

ALBERTO.—¿Por qué no se anima usted también?

ROSA.—(*Riendo, plácidamente.*) ¡Qué ocurrencia!

ALBERTO.—Hasta luego, Lys.

LYS.—Ya sabes: el palco número 23. No te confundas.

(*ALBERTO sale por el foro.*)

ROSA.—¿Muchos años con él?

LYS.—Muchos.

ROSA.—Es hombre simpático. Rico, seguramente. Pero no se casará contigo.

LYS.—¿Lo encuentras, quizás, demasiado joven?

ROSA.—Los años influyen poco. Es la salud lo que aleja a los hombres de nosotras.

LYS.—La de Alberto es muy buena.

ROSA.—Por eso. Cuando se sienten fuertes es muy difícil dominarlos. Lo mismo pasa en los matrimonios de verdad.

LYS.—Estás muy enterada.

ROSA.—Tengo mi experiencia. Los hombres son muy egoístas. Sólo nos quieren cuando les hacemos falta. Alberto no necesita de ti.

LYS.—¿Y has venido para decirme todas estas cosas agradables?

ROSA.—Hacía tiempo que no hablábamos.

LYS.—Yo he sabido de ti por Celeste.

ROSA.—¿Quién es Celeste?

LYS.—Esa jovencita amiga mía.

ROSA.—¡Ah, sí! Muy mona. Hará carrera.

LYS.—No todas pueden casarse como tú. Has cambiado mucho desde entonces.

ROSA.—Entonces eras tú la que me mortificabas. Te avergonzabas de mi amistad. Me pusiste un nombre ridículo y te fuiste.

LYS.—¡Lástima que hayamos vuelto a encontrarnos!

ROSA.—Eres la misma de siempre: orgullosa, soberbia... Conservas tu casa, con más lujo, si cabe; tienes un amante que te envidiarían muchas mujeres. Sé que la Augusta le persigue. Esa te lo quitará.

LYS.—¿Estás segura?

ROSA.—Es guapa y atrevida. No podrás nada contra ella.

LYS.—Yá veremos. Yo puedo ser más peligrosa.

ROSA.—Antes, hace años, cuando empezábamos a vivir. Nos atemorizabas a todas, sólo con mirarnos. Pero eso ya pasó. Estás sola. Se acabó tu fuerza.

Lys.—No te fies.

ROSA.—Mira: yo, Rosa Pompón, aquella desgraciada que hacía reír a todo el mundo, no te tengo miedo. No tengo ya nada que perder. Mientras tú vives inquieta, pensando todavía en lo que te pueden quitar, a mí ya no me pueden quitar nada. Por eso me atrevo a hablarte así. He venido a tu propia casa para decirte que soy más feliz que tú.

Lys.—Tienes un corazón de oro. ¿Sabías que Alberto estaba aquí?

ROSA.—Sí. Le vi entrar. Aguardé un rato. Al fin me decidí a entrar también. Para convencerme de que no era el hombre para ti. Poco tiempo te queda de estar con él.

Lys.—Estarás contenta.

ROSA.—Sí. Tú has tenido siempre mucha suerte. Ya era hora de que te saliera algo mal.

Lys.—(*Tranquilamente.*) Escúchame, Rosa: antes me dijiste que no me tenías miedo.

ROSA.—No.

Lys.—¿De veras?

(*Lys se dirige hacia la derecha y abre la puerta.*)

ROSA.—¿Qué vas a hacer?

Lys.—(*Llamando.*) ¡Mauricio!

ROSA.—¿A quién llamas?

Lys.—Aguarda un momento.

ROSA.—Pero...

(*MAURICIO aparece en la puerta.*)

Lys.—(*Señalando a ROSA.*) ¿Conoces a esa mujer?

MAURICIO.—No.

Lys.—Es una vieja amiga mía. Se llama Rosa. Hemos tenido una discusión muy violenta. Por culpa de su marido.

ROSA.—¿Eh? ¡No es verdad!

Lys.—Es un hombre joven. Me ha insultado. Se ha atrevido incluso a amenazarme.

ROSA.—¡No es cierto!

Lys.—Tienes que buscarlo.

MAURICIO.—Sí.

ROSA.—¡No lo hará! Mi marido es un enfermo.

LYS.—No importa. Tú lo buscarás. Ya me entiendes.

MAURICIO.—Sí.

LYS.—Nada más. Luego hablaremos.

(MAURICIO sale y cierra la puerta.)

ROSA.—(*Inquieta.*) Lys, ¿qué has hecho?

LYS.—Ahora ya estás perdida.

ROSA.—¡No!

LYS.—No tendrás en adelante un día tranquilo. Volverás a ser más desgraciada que yo. Volverás a tu puesto.

ROSA.—¡Pero ese hombre no será capaz...!

LYS.—No le conoces. Mauricio lo buscará, será capaz incluso de matarlo. No habrá nada que lo detenga.

ROSA.—¡Lys, perdóname! No sabía lo que decía...

LYS.—Es posible.

ROSA.—¡Dime que no es verdad, que no le hará ningún daño...!

LYS.—(*Después de mirarla en silencio.*) No le hará nada, descuida. No soy tan cobarde. He querido sólo darte una lección. Para que te convenzas de que puedo ser peligrosa todavía. ¡Y anda, ve a decírselo a Augusta, a todas las que creían que la pobre Lys se había terminado! Aún me quedan muchas armas. Soy más fuerte que nunca porque he sabido rodearme de los míos, como una reina. Esta es mi casa, lo será siempre: ¡no me echaréis de ella! Orgullosa, soberbia: tú lo has dicho. Por eso no me rindo. Jamás me he sentido tan fuerte como ahora.

ROSA.—¡Lys...!

LYS.—¡Márchate! ¡Vuelve a tu vida, con tu enfermo!  
¡Con tu miseria! ¡Enciérrate en tu casa! No salgas a la calle: haces daño. ¡Eres mezquina! Eres lo peor del mundo. ¡Márchate!

(ROSA sale por el foro. Lys queda junto a la puerta, inmóvil. Hay una pausa. Por la derecha entra MARÍA, con el traje blanco planchado. La sigue CELESTE.)

MARÍA.—Aquí tienes el traje ya planchado. ¿Qué gritos eran esos?

LYS.—(*Sin moverse, como para sí.*) ¡Qué espanto!

MARÍA.—(*Dejando el traje en una silla.*) ¿Qué ha pasado?

LYS.—Acabó de echar de aquí a la idiota esa de Rosa. Ha habido un momento en que se ha creído que yo era una mujer feroz.

MARÍA.—¡La verdad es que tienes un carácter...!

LYS.—¿Crees tú también que soy una fiera?

MARÍA.—No, pero a ratos lo pareces.

LYS.—Toda la vida he procurado el bienestar de las personas que estaban a mi lado, el tuyo el primero. Con la misma Rosa, en tiempos, fuí una amiga generosa. Pero todo es inútil. Mi propia hermana me cree una fiera.

MARÍA.—Tú eres buena, pero nos martirizas. Te gusta hacer sufrir. Luego no hay nadie que sepa consolar como tú. Eso sí. Pero ya has hecho el daño.

LYS.—No me conoces. Es probable que los otros tampoco me conozcan, cuando tú me habías así y eres mi hermana. Me hubiera gustado ser buena, pero de verdad; consagrarme por entero, con toda mi alma, a una persona, para demostraros hasta qué punto soy capaz de los mayores sacrificios. Pero seguramente no hay quien merezca tanto. Yo, al menos, no lo he encontrado: ni tú, ni Mauricio, ni Celeste, ni siquiera Alberto.

MARÍA.—¿Qué estás diciendo?

LYS.—No veo más que deslealtades, desvíos, indiferencias. He llegado a dudar de todos.

CELESTE.—(*Acercándose.*) ¿De mí también, Lys?

LYS.—De ti también.

MARÍA.—(*Por CELESTE, mientras recoge el traje.*) De esa, la primera.

LYS.—De todos.

MARÍA.—¡Estás loca!

(*Salte con el traje por el arco de la derecha. Lys se sienta, como fatigada. Habla ahora a CELESTE con dulzura.*)

LYS.—¿Quién iba a decirme cuando nos conocimos en el café, que llegaría a ser tan amiga tuya! No lo hubiese creído. Un día, sin darme cuenta, éramos ya casi inseparables.

CELESTE.—¿Le pesa a usted?



LYS.—No. Era lo mejor que podía pasar.

CELESTE.—Para mí, sí.

LYS.—Y para mí. Teniéndote cerca me sentía más tranquila.

CELESTE.—¿Por qué?

LYS.—Porque fuiste mi gran preocupación durante mucho tiempo. No me arrepiento de nada. Te he ayudado con el mayor gusto. Pero a veces te odiaba.

CELESTE.—¿A mí? ¿Es posible? ¿Por qué me odiaba usted?

LYS.—Por Alberto. Cuando descubrí que le gustabas. No, no lo niegues. Tú también lo sabes.

CELESTE.—Yo...

LYS.—Le gustaste desde el primer momento, desde aquella tarde que te encontró en casa. Era lo natural. Procuré, desde entonces, que vinieras a verme con frecuencia.

CELESTE.—No comprendo.

LYS.—El seguía pensando en ti a todas horas. Fuiste un gran peligro para mi felicidad. Yo no tenía sino dos caminos: o no volverte a ver, y él se hubiera ido en seguida detrás de ti, o conservarte a mi lado, cada vez con mayor intimidad, para procurar, al menos, retenerlo. No lo dudé un instante. Viéndote a todas horas, además, me era más fácil descubrir lo que sucedía. Ya ves si estaba todo calculado.

CELESTE.—¿Qué pena! Yo siempre había creído que usted me quería de verdad.

LYS.—Y te quiero. Eso que te cuento duró sólo unos meses. Después se me pasó.

CELESTE.—¡Ah!

LYS.—Lo que me preocupa ahora es mucho más grave.

CELESTE.—¿Qué es?

LYS.—Alberto me deja. Lo presiento. No me deja por ti, ni por nadie; ni siquiera por esa pobre Augusta, que no ha hecho más que agobiarme con sus anónimos, llenos de amenazas, durante el verano. Nos abandona a todas. Nos deja.

CELESTE.—Pero...

LYS.—Hay un momento en la vida de algunos hombres—y Alberto es uno de ellos— en que se nos escapan de las manos. Se cansan de nuestra vida.

CELESTE.—¿Ha hablado usted con él?

LYS.—No; de estas cosas no se puede hablar. Son muy delicadas. A la menor indiscreción, lo perdería para siempre. He pensado en ti. Tú quizá podrías hacer algo. Puede que le gustes todavía.

CELESTE.—¿Lys...! ¿Qué dice usted?

LYS.—¿Te ofende?

CELESTE.—No; pero no me gusta eso que piensa.

LYS.—Eres más escrupulosa que yo. O más joven. Hace falta estar metida en este laberinto de la angustia para comprenderlo todo; todo antes que perderlo.

CELESTE.—No cuente usted conmigo.

LYS.—¿Locuras, ya sé yo! Lo dije sin darme cuenta.

CELESTE.—Es difícil saber cuándo es usted sincera. No veo claro lo que se propone.

LYS.—¿Qué voy a proponerme?

CELESTE.—No lo sé. Si algo ha sabido usted que le disguste, no hace falta enredarme tanto. Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado.

LYS.—¿Ah, ya comprendo! ¿Es que acaso Alberto...?

CELESTE.—Lo que quiere usted saber será mejor que se lo pregunte a él mismo.

LYS.—Tienes razón.

CELESTE.—Lo único que yo puedo hacer es no volver por esta casa. Al fin y al cabo, ahora resulta que todo era mentira.

LYS.—¿Qué es lo que era mentira?

CELESTE.—Su cariño de usted, el cariño de Alberto...

*(Rompe a llorar, bruscamente. Lys la mira, sorprendida.)*

LYS.—¿Celeste!

CELESTE.—¿Déjeme usted ir!

LYS.—¿Es posible? ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Conque Alberto y tú...

CELESTE.—¿Suélteme usted!

LYS.—¿De manera que tus escrúpulos sólo consistían en que yo no lo supiera, en engañarme de verdad?

CELESTE.—¿No es cierto, pero déjeme marchar!

LYS.—Sí, vete; es mejor. No podría hacer nada contra ti. Me faltarían las fuerzas.

(CELESTE sale rápidamente por el foro. MARÍA entra por la derecha.)

MARÍA.—Ya te lo había advertido. Hace tiempo. Esa era una falsa.

LYS.—Lo han sido todos.

MARÍA.—Tú has tenido la culpa, por gustarte vivir con tanta gente. ¡Con lo bien que hubiéramos estado las dos solas!

LYS.—Yo no hubiera podido vivir sola contigo.

MARÍA.—¿Por qué no?

LYS.—Porque no te quiero.

MARÍA.—Yo a ti, sí.

LYS.—Tampoco. Me abandonarás al primer tropiezo.

MARÍA.—Como te empeñes en hacer locuras...

LYS.—¿Lo ves? Un día saldrás también de esta casa, como aquella mañana...

MARÍA.—¿Qué mañana?

LYS.—Cuando murió la niña. Saldrás de aquí sin hacer ruido, sigilosamente, apretando algo contra el pecho. Luego, en la calle, lo ocultarás bajo el abrigo para que no lo vean. ¡Era un bulto tan pequeño! Te irás en el fondo contenta, como te fuiste entonces, satisfecha de que todo haya al fin terminado. ¡Te odio, María, te odio! ¡De toda esa gente de que has hablado, tú has sido siempre la que más he aborrecido!

MARÍA.—Te quedarás sola, Juana.

LYS.—Ya lo estoy. No tengo a nadie. No hay una persona a mi lado que me quiera. (*Mira a la puerta de la derecha y cambia de expresión.*) ¡No es verdad! ¡Hay una todavía! (*Corre hacia la puerta y llama.*) ¡Mauricio! ¡Mauricio!

MARÍA.—¿Para qué lo llamas?

LYS.—Lo necesito.

(MAURICIO aparece en la puerta.)

Acércate, Mauricio. Ahora tenemos que hablar nosotros dos. Estoy muy contenta de ti. ¿Harás siempre lo que te diga?

MAURICIO.—¡Sí, claro! Cuando quieras voy a buscar al hombre ése.

LYS.—No. No pienses más en él. Te lo dije en broma, para asustar a esa vieja. Pero no merece la pena. Dime, Mauricio: ¿me quieres tú de verdad?

MARÍA.—(*Reconviniéndola.*) ¡Juana...!

MAURICIO.—¿Qué ocurre?

LYS.—No le hagas caso.

(*MARÍA sale por la derecha.*)

MAURICIO.—¿Que si te quiero? Más que a nadie.

LYS.—Ya lo sé, pero quería oírte de nuevo. Me gusta que me lo digas. Me halaga. María nunca te ha querido. Por eso le molesta que te hable así.

MAURICIO.—Sigue tú hablando.

LYS.—Yo tampoco he sido buena contigo. Lo reconozco.

MAURICIO.—Eso no es verdad.

LYS.—Quiero decir que he podido portarme mejor. Ya me entiendes. Pocas veces he sido contigo generosa.

MAURICIO.—No importa. Las veces que lo fuiste, aunque fuera por lástima, me hiciste muy feliz. Me parecía estar soñando. Luego, cuando pasaba el tiempo y me olvidabas, creía volverme loco.

LYS.—Sí; debiste sufrir mucho.

MAURICIO.—¡Tu recuerdo día y noche, sin podérmelo quitar! A veces me entraban ganas de matarme.

LYS.—¡Pobre Mauricio! ¡Eres el hombre que más me ha querido y no he sabido siquiera agradeceréte!

MAURICIO.—¡Si pudieras aún quererme un poco...!

LYS.—¡Quién sabe! No hay nada imposible de lograr.

MAURICIO.—¿Te burlas de mí? No lo hagas.

LYS.—¿Por qué voy a burlarme?

MAURICIO.—Sería una crueldad. Porque si supieras... Nada más de pensar que volvieras a quererme...

LYS.—(*Con coquetería.*) ¿Qué?

(*MAURICIO intenta abrazarla, pero Lys le detiene.*)

Se me hace tarde, Mauricio. Tengo que vestirme.

MAURICIO.—¿Te acuerdas del día en que me dijiste que me querías? Porque fuiste tú... Yo nunca me hubiera atrevido a soñar tanto.

LYS.—¡Pues hay que soñar, Mauricio; hay que soñar!

*(Lys entra en la alcoba. La escena se apaga. Se oye el carrillón de un reloj, que da las tres de la madrugada. Por el foro entra MARÍA y enciende una lámpara. La habitación queda medio en sombra.)*

MARÍA.—Pase, pase.

*(Entra LETIL, de frac.)*

Siéntese aquí. No sé si tardará.

LETIL.—No lo creo. Me dijo que viniese a las tres, al salir del baile. Me insistió mucho en que tenía que hablar conmigo esta noche. ¡Algo ocurre!

MARÍA.—No se sabe nunca lo que quiere. Está una cohibida, sin saber cómo acertar. La tememos todos.

LETIL.—Lys tiene un gran corazón.

MARÍA.—Pero tampoco está bien ser tan vehemente. Si se ocupara un poco más de la casa; si pensara más en ella, en el día de mañana, como hay que pensar a nuestra edad.

LETIL.—A nuestra edad es demasiado tarde; el día de mañana nos ha llegado ya.

MARÍA.—A usted y a mí, sí. Pero Juana es distinta. Podría aún tener los hombres que quisiera. ¡Mire usted que la idea de ir al baile esta noche!

LETIL.—No me parece mal.

MARÍA.—¡Pero si no va nunca a ningún sitio! ¡Desde hace años! Juana se empeñó a última hora en ponerse un traje antiguo, que no sé ni cómo lo conservaba, y se fué tan contenta a lucirlo.

LETIL.—El traje era precioso, desde luego.

MARÍA.—Yo no me lo hubiera puesto. Esos trajes viejos, guardados durante mucho tiempo, con los encajes y las cintas arrugados, traen poca suerte.

LETIL.—Es usted supersticiosa.

MARÍA.—No se me ha quitado de la cabeza en todo el día, como si le fuera a pasar algo a Juana.

LETIL.—¿Qué le va a pasar?

MARÍA.—No lo sé. Tentada estuve de quemar el traje cuan-

do le planchaba. Las cosas del pasado, hasta los trapos, no hay que volverlas a tocar.

LETIL.—¡Qué ocurrencia!

MARÍA.—¡Un momento! (*Después de escuchar.*) Alguien ha gritado en el jardín.

LETIL.—No he oído nada.

(*MARÍA se dirige al mirador.*)

MARÍA.—(*Mirando al jardín.*) No se ve. Está muy oscuro. Pero alguien ha entrado.

LETIL.—Lys me dijo que vendría sola, que dejaría a Alberto en su casa.

(*Se oyen voces dentro.*)

MARÍA.—(*Separándose del mirador.*) ¡Es Juana!

Lys.—(*Dentro, llamando.*) ¡María! ¡María!

(*MARÍA se dispone a salir, pero Lys aparece en el foro, sosteniendo a ALBERTO por un brazo. ALBERTO se cubre los ojos con un pañuelo, que aprieta con las dos manos. Cruza la escena hacia la alcoba, a ciegas, guiado y sostenido siempre por Lys. Esta habla como si la oyera sólo MARÍA, pero se dirige también a LETIL, que ha permanecido inmóvil.*)

¡María, es horroroso!

MARÍA.—¿Qué ha pasado?

Lys.—Han atentado contra mí.

MARÍA.—¿Quién?

Lys.—El pobre Alberto se interpuso. ¡Me han tirado vitriolo! ¡Un médico, pronto!

MARÍA.—¡Voy corriendo!

(*MARÍA sale por el foro.*)

Lys.—¡Y ha sido una mujer! ¡Sé quien es, sé quien es! Tenían envidia de mi felicidad. ¡Ahora sí que todo se ha acabado! ¡Mi pobre Alberto! ¡Mi pobre Alberto!

(*Entra con ALBERTO en la alcoba.*)

## ACTO TERCERO

El mismo decorado. Varios días después. Por la mañana. Las cortinas del mirador, casi cerradas, dejan la habitación en una penumbra suave.

(MARÍA, en escena, llama a media voz hacia el interior de la alcoba.)

MARÍA.—¡Juana! ¡Juana!

LYS.—(Entrando.) ¿Por qué das esos gritos?

MARÍA.—Procuraba no alzar la voz. ¡Como no me dejas entrar en la alcoba!...

LYS.—Ahora podías entrar. Alberto está en su cuarto. ¿Qué pasa?

MARÍA.—Ha llegado Letil. Te quiere ver.

LYS.—¿Otra vez? ¿No me ve todos los días? ¿Por qué ha de venir también por la mañana?

MARÍA.—Se interesa mucho por la salud de Alberto.

LYS.—Ya lo sé, y se lo agradezco. Pero se pasa aquí todo el día.

MARÍA.—Es natural, Juana: es tu mejor amigo. Se ha quedado muy impresionado. ¡También fué casualidad que viniera aquella noche!...

LYS.—No fué casualidad. Lo había citado yo. ¿Qué quiere ahora?

MARÍA.—Me ha dicho que desea hablar contigo.

LYS.—A ver, que suba. ¡No me dejarán tranquila un momento! ¡No se hacen cargo!

(MARÍA sale por el foro. Lys vuelve a entrar en la alcoba. Al cabo de un instante MARÍA entra de nuevo, acompañando a LETIL.)

MARÍA.—La dejé aquí. Habrá vuelto con él.

LETIL.—Es natural.

MARÍA.—No me atrevo a llamarla otra vez.

LETIL.—¿Cómo ha pasado la noche el enfermo?

MARÍA.—No he preguntado. A Juana le molesta también

que le pregunten. Le molesta todo. Está muy nerviosa. Se pasa el día y la noche a la cabecera de Alberto, y no permite que nadie le haga las curas sino ella. ¡Debe de estar rendida!

LETIL.—¿Qué ha dicho el médico esta mañana?

MARÍA.—Lo ha encontrado muy mal. Parece ser que el ácido le ha quemado los ojos, que perderá seguramente la vista.

LETIL.—En los primeros días, sin embargo, tenía esperanza de salvarle la visión, aunque fuera defectuosa.

MARÍA.—¡La pobre Juana está desesperada!

LETIL.—Lo comprendo.

MARÍA.—Ha hecho cuanto ha podido, porque ¡manos como las tuyas!... No hubiera estado mejor cuidado por una enfermera. ¡Ya se lo puede agradecer la familia!

LETIL.—¿Ha habido noticias de esa gente?

MARÍA.—Creo que han escrito a Alberto. Quieren venir a buscarlo, pero él dice que no saldrá de aquí. Juana tra-  
jo la carta.

LETIL.—¿Cómo? ¿Ha salido Lys en estos días?

MARÍA.—Tuvo que ir al piso de Alberto. Una o dos veces, nada más. Para cosas urgentes. Pero antes de salir cerraba la habitación del enfermo para que nadie entrara en ella.

LETIL.—¡Qué manía!

MARÍA.—Ya le digo: ni a su alcoba me deja pasar. No quiere que nadie le ayude. Ella ha de hacérselo todo.

(Lys entra por el arco de la derecha. MARÍA sale. LETIL saluda a LYS en silencio.)

LYS.—(Dejándose caer en un asiento.) ¡Es horrible! ¡Es horrible lo que nos sucede! Cada día comprendo menos lo que ha pasado.

LETIL.—¿Quién iba a decirnos aquella noche, en el baile!...

LYS.—Yo quería hablar contigo, lo recordarás. Por eso estabas aquí. Quería hablarte precisamente de Alberto. Desde la vuelta del veraneo lo encontraba raro, distraído, como si se hubiera cansado de mí. No sé; figuraciones, quizá. Me parecía que algo me ocultaba. Estaba incluso decidida a terminar con él. ¡No sabes lo que



me duele recordarlo! Por eso me urgía tener una conversación contigo, que me aconsejaras...

LETIL.—Me dijiste que pensabas dejarlo en su casa.

LYS.—Ese era mi plan. Pero él se empeñó a última hora en acompañarme. No hubo medio de hacerle desistir. El Destino, por lo visto, le había dado una cita a la que no podía faltar. ¡Cada vez que me acuerdo!...

LETIL.—(Tras una pausa.) Ya me ha dicho María la impresión del médico.

LYS.—(Secamente.) ¿Qué te ha dicho?

LETIL.—Parece que no es muy buena.

LYS.—No le hagas caso. María se complace en verlo todo negro. Me desespera. No hace más que rondarme, como un ave de mal agüero, sin comprender que yo necesito ahora de todas mis fuerzas.

LETIL.—Es verdad.

LYS.—Tengo que seguir luchando. Hasta el final. El médico puede equivocarse.

LETIL.—¡Naturalmente!

LYS.—Alberto es joven, fuerte, sano... ¡Sería un castigo demasiado cruel! Estoy segura de que recobrará la vista. Tiene que recobrarla. No me resignaría nunca a verlo hecho un inválido. Lo único que pido es que me dejen tranquila, que pueda dedicarle todas las horas. ¡Esa familia que insiste en llevárselo, como si alguien pudiera cuidarle mejor que yo!

LETIL.—Pero hay que ser razonable, Lys. Es muy natural que los suyos le reclamen, que quieran hacerse cargo de él.

LYS.—Alberto vivía solo en París desde hace muchos años. Hablaba siempre de su familia, metida en un rincón de provincia, como de una gente extraña, con la que apenas tenía relaciones. Ese cariño de última hora es una farsa.

LETIL.—Sin embargo...

LYS.—El comisario lo sabe. El mismo Alberto se lo ha dicho: su gusto es quedarse aquí, conmigo; que sea yo la única persona que se ocupe de él. Es inútil que insistan.

LETIL.—¿Es eso lo que debo decirle?

LYS.—Sí. Y puedes añadir, de mi parte, que advierto a todos sus parientes que no intenten entrar en mi casa. Podría ser peligroso.

LETIL.—Pero si el juez lo ordena...

LYS.—(*Exaltándose.*) ¡Yo mando en mi casa! ¡No hay juez que valga! ¡No he cometido ningún delito! Alberto es mayor de edad y es muy dueño de hacer lo que quiera. ¡Que vengan, que se atrevan! ¡Al primero que entrara sería capaz de arrancarle los ojos!

LETIL.—¡Lys! ¿Qué dices?

LYS.—¿Qué?

LETIL.—¿Qué has dicho?

LYS.—(*Turbada.*) No sé; no sé ni lo que digo... Perdóname... (*Muy cariñosa.*) Tú me lo arreglarás todo. Habla con el comisario. Para eso es amigo tuyo. Convéncele de que, por desgracia, no hay nada que hacer ya, sino dejarnos en paz. Si conseguimos salvarle la vista, como espero, su familia no tendrá más que agradecerlo. Si fracasamos, nunca lloraremos bastante esta desgracia atroz. Pero es necesario, antes que nada, que Alberto se tranquilice. ¡Cualquier disgusto podría serle fatal!

LETIL.—Haré cuanto esté en mi mano por evitárselo, descuida. Me voy a hablar con el comisario.

LYS.—Vuelve por aquí después.

LETIL.—Hasta luego.

(*LETIL sale por el foro. MARÍA entra por la derecha.*)

MARÍA.—Alberto está llamando.

LYS.—Voy con él. Enciende la chimenea.

MARÍA.—No hace frío esta mañana.

LYS.—Alberto lo sentirá. Está muy débil. ¡Nunca piensas en él!

(*MARÍA se encoge de hombros y se dispone a encender la chimenea. LYS entra en la alcoba. Por el foro aparece AUGUSTA, mujer atractiva, vestida de una manera un tanto extravagante, con ese aire entre insolente y provocativo que adoptan algunas mujeres para sentirse seguras de sí mismas.*)

MARÍA.—(*Al descubrirla, sorprendida.*) ¿Eh? ¿Por dónde has entrado?

AUGUSTA.—Salía un caballero y fué tan amable... No he encontrado a nadie abajo. Por lo visto, estáis sin servicio.

MARÍA.—¿Qué quieres?

AUGUSTA.—Ver a tu hermana.

MARÍA.—¿Ahora?

AUGUSTA.—(Con sorna.) ¡Pues mira, ya que he venido!

MARÍA.—Está con Alberto.

AUGUSTA.—Tú le dices que yo he llegado.

MARÍA.—Se va a sorprender mucho.

AUGUSTA.—¡Claro!

MARÍA.—¿No podrías volver?

AUGUSTA.—¿Cuándo?

MARÍA.—Pues dentro de un año, por ejemplo. Cuanto más tarde, mejor.

AUGUSTA.—Iba a estar muy impaciente.

MARÍA.—¿Por qué?

AUGUSTA.—Porque hay cosas que no se pueden callar tanto tiempo. ¿Vas a buscarla o voy yo? (Da un paso hacia la alcoba.)

MARÍA.—Si te atrevieras a entrar en esa alcoba...

AUGUSTA.—¿Qué me pasaría?

MARÍA.—Tú, prueba.

AUGUSTA.—¿Es la de Alberto?

MARÍA.—No. La de Alberto es la de al lado. Esa es la alcoba de Juana.

AUGUSTA.—Y no permite, naturalmente, que le descubran sus secretos de tocador. Se comprende. ¿Vas a avisarla?

Lys.—(Apareciendo en el arco de la alcoba.) No hace falta. Buenos días, Augusta.

AUGUSTA.—Buenos días.

Lys.—(A MARÍA.) Vete con Alberto. Se ha empeñado en vestirse. Anda a ayudarle. Que me espere en su cuarto.

(A AUGUSTA, con ironía.) No querrás verle.

AUGUSTA.—No. Venía sólo a hablar contigo.

(MARÍA sale por la alcoba.)

Lys.—Oí que estaban hablando aquí...

AUGUSTA.—Tienes un oído muy fino. María, en cambio, se hacía la sorda.

LYS.—Llegué a intrigarme. No te reconocí. Me preguntaba: ¿cuál de mis amigas puede ser tan ordinaria que hable de esa manera, sin bajar la voz, sabiendo que hay un enfermo en casa?

AUGUSTA.—Y la amiga, y la ordinaria, era yo.

LYS.—La amiga, no.

AUGUSTA.—Es verdad. No he sido nunca amiga tuya.

LYS.—Nunca. ¡No faltaba más! No lo hubiera consentido.

AUGUSTA.—(*Irónica, con una reverencia.*) Marquesa...

LYS.—Baronesa.

AUGUSTA.—No lo sabía.

LYS.—Porque no veraneaste conmigo, sino con Alberto.

AUGUSTA.—¡Ah, sí! ¡En una playa preciosa!

LYS.—No la viste; no te llevó. Sé que te quedaste en Londres.

AUGUSTA.—¿Te lo ha dicho él?

LYS.—Sí.

AUGUSTA.—¡Pobre Lys! ¡Cómo te ha engañado!

LYS.—No me ha engañado. Conozco sus gustos.

AUGUSTA.—¡Pasamos un verano delicioso! Quedamos en veranos este otoño.

LYS.—Pero él ya, por desgracia, no te podrá ver.

AUGUSTA.—De eso precisamente venía a hablarte. He estado esta mañana en la comisaría. Nos han citado a todos allí. Sólo faltabas tú. Parece ser que el juez no se conforma.

LYS.—¿Qué juez?

AUGUSTA.—El que han nombrado. No le conozco personalmente. Debe de ser un hombre curioso, de esos que se empeñan en saber la verdad. No se conforma con lo que se ha hecho. El autor del atentado no ha aparecido todavía.

LYS.—Lo sé.

AUGUSTA.—Y el comisario nos ha reunido esta mañana para darnos unos cuantos consejos paternales. De paso, como quien no quiere la cosa, ha vuelto a tomarme declaración.

LYS.—¿Y a mí qué me importa todo eso?

AUGUSTA.—Escúchame, Lys: tú has dicho que sabes el nombre del criminal, que el atentado lo cometió una mujer que tú conoces.

LYS.—Lo dije en el primer momento. Es verdad.

AUGUSTA.—Pues ha llegado a oídos del comisario. Se enteran de todo. Por eso es necesario que lo aclares cuanto antes, que digas el nombre de esa mujer. Mientras no lo hagas, la gente seguirá mirándome de una manera especial, que no me agrada. ¡O es que tú crees que he sido yo?

LYS.—No lo sé.

AUGUSTA.—Pues oye: no me importa que lo creas. Me tiene sin cuidado. Pero que digas que he cometido el atentado contra ti por celos, eso me molesta. Yo no tenía por qué sentirlos. Te había ya ganado la partida. Más pronto o más tarde, Alberto se hubiera venido conmigo. Aun ahora, si yo quisiera...

LYS.—¿Té lo llevarías?

AUGUSTA.—No. Soy demasiado joven todavía para sacrificarme por un enfermo. Pero el día de mañana, si llega a curarse, volveremos a hablar tú y yo.

LYS.—Será difícil. La cárcel te espera.

AUGUSTA.—¿A mí?

LYS.—Sí. Sé por qué has venido a verme, por qué has entrado en esta casa. El lugar del crimen te atraía, como a cualquier vulgar delincuente. Has venido, no para hablarme de lo que me has hablado, sino para sentir de nuevo el placer extraño de abrir la verja, de cruzar el jardín, de detenerte un momento allí, en el mismo rincón donde esperabas a tu víctima. La policía sospecha bien. No ha sido un atentado contra mí. Fué contra él, contra Alberto, por despecho. Tú sabías que te despreciaba. No podías perdonárselo.

AUGUSTA.—¡No es cierto!

LYS.—Ha sido una imprudencia que hayas venido. Porque yo tampoco puedo perdonarte lo que has hecho. (*Tomá un frasco de una de las mesas.*) En este frasco hay un líquido parecido al que has usado, con el que yo podría darte también tu castigo.

AUGUSTA.—(*Retrocediendo.*) ¡Lys!

LYS.—¡Cuándo os convenceréis de que no os tengo miedo!  
¡Os atrevéis a venir a mi casa a desafíarme! ¡Sois más valientes de lo que me figuraba!

AUGUSTA.—¡ Dicen que estás loca! Yo también lo creo.

(AUGUSTA sale por el foro. LYS, tranquilamente, despacio, abre el frasco y vierte unas gotas de perfume en sus manos. Luego, riendo, vuelve a colocar el frasco sobre la mesa. En el arco de la alcoba aparece MARÍA.)

MARÍA.—Alberto se ha vestido ya.

LYS.—Enciende la chimenea.

(LYS entra en la alcoba. MARÍA comienza a encender la chimenea. Al cabo de un instante vuelve LYS, acompañada de ALBERTO. Este lleva los ojos vendados. A medio vestir, con bata. Su andar es firme, a pesar de la ceguera.)

ALBERTO.—No le he dado las gracias, María, por haberme ayudado.

MARÍA.—¡ Ah! ¿ Pero me ve usted?

ALBERTO.—No. La oigo. ¿ Qué día hace?

LYS.—Una mañana espléndida. El sol entra a raudales por el mirador.

(LYS recoge las cortinas y la habitación se inunda de luz.)

ALBERTO.—(Llevándose las manos a los ojos.) ¡ Ay!

LYS.—¿ Qué te pasa?

ALBERTO.—He sentido un dolor aquí, en los ojos.

LYS.—Buena señal. Prueba de que son sensibles a la luz.  
¿ Vuelvo a echar las cortinas?

ALBERTO.—No, ya pasó. Es mejor que entre el sol. Así la habitación se caldeará antes.

(MARÍA sale por el foro.)

LYS.—Vamos a sentarnos junto a la chimenea.

ALBERTO.—Déjame ir solo, a ver si acierto. Me sé la habitación de memoria.

(ALBERTO da unos pasos seguros, pero en otra dirección. Tropezó en una silla.)

LYS.—¿ Lo ves? No puedo dejarte solo. Me necesitas.

ALBERTO.—No me sueltes. Me hace falta recobrar la orientación, ordenar los objetos que me rodean. Es angustioso confundir los recuerdos, sentirse así, como en el aire...

LYS.—¡ Ven, ven aquí!

(Se sientan los dos junto al fuego.)

ALBERTO.—(Con un suspiro.) A todo habrá, al fin, que acostumbrarse: hasta a ser ciego.

LYS.—No pienses en eso. El médico me ha dado muchas esperanzas. ¡Si supieras lo orgullosa que estoy de ti! Pones toda tu voluntad en curarte, como hay que hacer, sin lamentaciones inútiles. Te vemos mejorar por días. Andas ya con un paso firme, sereno; conservas tu entereza, hasta tu humor...

ALBERTO.—Por lo menos, me esfuerzo en parecer sereno. Pero a ti no puedo engañarte. En el fondo, lo que tengo son unas enormes ganas de llorar. Siento una pena inmensa, como un gran desconsuelo de la vida, que se ha terminado para mí.

LYS.—¡Cállate!

ALBERTO.—Debo ir haciéndome a esta idea. Poco a poco concluiré por resignarme. Pero, mientras llega ese día, ¡qué tristeza! ¡Cómo veo de pronto, con los ojos vendados, todo lo que he perdido!

LYS.—(Casi llorosa.) ¡No hables así, te lo ruego! ¡Te lo suplico! Yo no tengo tu valor y no puedo contener mis lágrimas. Yo también necesito ser valiente; para cuidarte, para estar a tu lado. Si te oigo hablar de esa manera es como si las fuerzas me abandonaran. Tú eres joven, estás lleno de vida. Eres el mismo para mí.

ALBERTO.—Con el tiempo te inspiraré lástima. Nada más.

LYS.—¡Te querré más de lo que te he querido! Mira: hasta ahora, aun queriéndote, había otras mujeres que me disputaban tu cariño. A veces temía perderte, no sé... Mi misma inquietud me impedía darme cuenta de lo que significabas para mí. Pero ahora que te veo solo, desgraciado, comprendo que eres cuanto tengo en el mundo, lo único que tengo. Ahora sí que eres mío, de verdad.

ALBERTO.—¿Me querrás siempre?

LYS.—Siempre. Nada habrá ya que nos separe. Todo volverá a empezar, pero seremos más felices. Serás de nuevo el hombre que fuiste siempre. Te curarás. Pero si así no fuera, si la desgracia se ensañara en ti, yo te haría también feliz, a pesar de todo.

ALBERTO.—¡Lys!...

LYS.—No sabes la fuerza extraña que tiene mi cariño.

ALBERTO.—Lo sé. Me siento seguro a tu lado. Pero intentarán separarnos.

LYS.—Es muy posible.

ALBERTO.—Tratarán de obligarte a que me dejes.

LYS.—Todos los peligros nos amenazan. Pero ten confianza en mí. No podrán nada contra nosotros.

(MARÍA entra por el foro.)

MARÍA.—Ahí está Letil otra vez.

LYS.—Dile que suba.

(MARÍA sale por el foro.)

ALBERTO.—Es la segunda vez que viene esta mañana.

LYS.—Ya te dije que lo había citado el comisario. Si no te importa, te agradecería que me dejaras sola.

ALBERTO.—Como quieras. Sería ridículo que te dijera...

LYS.—¿Qué?

ALBERTO.—Que siento celos de él.

LYS.—(Riendo.) ¡Alberto!

ALBERTO.—Que siento celos de todo el mundo.

LYS.—¿Tú? ¿Es posible?

ALBERTO.—Sí.

LYS.—¿Cómo has cambiado!

(LYS y ALBERTO entran en la alcoba. A poco vuelve MARÍA por el foro, acompañando a LETIL. MARÍA sale por la derecha. Lys aparece de nuevo por el arco.)

LYS.—¿Cómo has vuelto tan pronto? ¿Hay alguna novedad?

LETIL.—Hablé con el comisario. La familia de Alberto insiste en llevárselo.

LYS.—Ya te lo advertí.

LETIL.—Pero el asunto ha tomado, de pronto, un giro inesperado.

LYS.—¿Qué ha sucedido?

LETIL.—Algo desagradable. Ya hablaremos. Celeste está abajo.

LYS.—¿A qué viene?

LETIL.—No lo sé. Salimos juntos de la Comisaría. No ha hecho más que llorar toda la mañana. Ni siquiera pudo declarar.



LYS.—Pero, ¿por qué os interrogan de nuevo? ¿No habéis dicho ya lo que sabíais? ¿No fuiste tú, sobre todo, testigo presencial del hecho?

LETIL.—Yo, no.

LYS.—¡Bueno, como si lo hubieras sido!... Estabas aquí, yo te había citado...

LETIL.—¿Y eso, qué?

LYS.—No sé... Creo que son ganas de molestaros.

LETIL.—Te repito que todo ha cambiado. Ese mismo llanto de Celeste es muy sospechoso. Puede aclararnos mucho. Hay quien asegura que tuvo relaciones con Alberto.

LYS.—No le di nunca ninguna importancia. Todo quedó en eso: en unas miradas.

LETIL.—¿Estas segura? No es ésa la opinión del comisario.

LYS.—¡Ah!

LETIL.—Este verano, no sé con qué pretexto, Celeste fué a visitar a Alberto. Pasó la noche en su casa. La Policía lo ha averiguado.

LYS.—No lo sabía.

LETIL.—Es mejor que estés al corriente de lo que ocurre. Conviene, a pesar de todo, que recibas a esa muchacha. Puede ser más importante de lo que creemos.

LYS.—Haz lo que quieras.

*(LETIL sale por el foro. Lys se acerca al mirador. Mira hacia la calle y retrocede, instintivamente, como asustada. A poco vuelve a entrar LETIL, acompañado de CELESTE. Esta se esfuerza por parecer serena.)*

LYS.—Pasa. Me ha dicho el señor Letil que querías verme.

CELESTE.—Esta mañana no he podido declarar. El llanto no me dejaba.

LYS.—Lo he sabido. Eso habla muy bien de tus sentimientos. Es una prueba más de tu cariño.

CELESTE.—Sí, aunque usted no lo crea.

LYS.—¿Por qué no voy a creerlo? No es la primera vez que me lo demuestras. Este verano fuiste a casa de Alberto a pedirle que no hiciera el viaje a Londres con Augusta, sino contigo. ¿No es eso otra prueba de cariño?

CELESTE.—¡No es verdad! No fui con esa intención. El no puede decirlo.

LYS.—No lo dice él, sino yo.

CELESTE.—Pues no es cierto. Fui sólo a verle por usted, pensando en usted. Pero él bien supo aprovecharse.

LYS.—Te lo había dicho muchas veces: eres muy ingenua.

CELESTE.—¡Búrlase, búrlase lo que quiera!

LYS.—¿Qué otra cosa puedo hacer?

CELESTE.—Quizá le llegue pronto la hora de llorar.

LYS.—Ya me ha llegado.

CELESTE.—Ha habido muchas mujeres en la vida de Alberto, pero ninguna tan peligrosa como usted.

LYS.—¡Celeste!

CELESTE.—Sé cuánto le debo. Me ha ayudado mucho. Alberto también. Entre los dos me hicieron pensar que la vida no era tan dura como creía. Y los dos, al final, se olvidaron de mí. Pero yo soy agradecida. Por eso me cuesta tanto decir lo que sé.

LYS.—¿Qué sabes tú?

CELESTE.—Todo. Usted ha sido la causante de la desgracia de Alberto.

LYS.—¿Eh?

CELESTE.—Recuerdo sus palabras. No he podido olvidarlas: "¡Por qué extraños caminos puede llegar la felicidad! ¡Al menos, la tranquilidad!"

LYS.—¿De qué hablas?

CELESTE.—De Rosa, de su amiga Rosa. Eso fué lo que usted me dijo.

LYS.—¿Qué quieres insinuar?

CELESTE.—Usted ha sido la única culpable.

LYS.—¿Serías capaz de denunciarme?

CELESTE.—No, no podría; me faltaría el valor. Me di cuenta esta mañana. Por eso lloraba, desesperada.

LYS.—Celeste, escucha...

CELESTE.—Lo sospeché desde el primer momento. Es inútil que siga fingiendo. No hay nada que hablar entre nosotras. Adiós.

*(Se dirige hacia el foro.)*

LYS.—¿Adónde vas?

CELESTE.—No tema. No le haré ningún daño. Me voy a la calle. Vuelvo a ser lo que era, a mi vida de antes. De

ella me sacó usted, compadecida, para enseñarme otra vida peor. ¡No merecía la pena!

(Sale por el foro.)

LYS.—¡Celeste!

LETIL.—(Deteniéndola.) No la llares. No dirá nada.

LYS.—¡Pero es espantoso! No puedo defenderme.

LETIL.—Tranquilízate. Tienes que conservar tu serenidad. Estás en peligro.

LYS.—Lo sé. He visto antes al comisario pasar por la calle. Ronda la casa, seguro.

LETIL.—Vendrá a detenerte esta mañana.

LYS.—¿A detenerme?

LETIL.—Sí. A no ser que te entregues, que vayas a su encuentro. Así me lo ha dicho.

LYS.—¡Sospecha también de mí! ¡Todos sospechan!

LETIL.—Hay muchas apariencias que te condenan.

LYS.—¡Las apariencias! ¿No he sido como una madre para Alberto? ¿No le he cuidado día y noche, sin descanso?

LETIL.—No se trata de eso.

LYS.—¿Dé qué se trata, entonces? ¿Es posible que alguien crea que se puede poner tanto cariño en un ser al que se aborrece?

LETIL.—Nadie ha dudado de tu cariño.

LYS.—Pero creen que cometí el atentado.

LETIL.—(Tras una breve pausa.) Eres tú la primera que lo dice.

LYS.—Pero lo piensan todos.

LETIL.—En la declaración del propio Alberto se dice que fué tuya la idea de ir al baile.

LYS.—Es verdad.

LETIL.—Que tú fijaste, de antemano, la hora de regreso: a las tres.

LYS.—Es verdad. Quería hablar contigo, tú lo sabes. Ni siquiera pensé que Alberto me acompañara.

LETIL.—El comisario no lo cree así. Cree, incluso, que me citaste aquí, en tu casa, para tener luego un testigo de que no podías obrar con premeditación.

LYS.—¡Ah, entonces está convencido también de que todo fué premeditado?

LETIL.—Sí. Nadie os oyó entrar aquella noche en el jardín. Habías ordenado quitar la campanilla de la verja aquel mismo día.

LYS.—Hacia tiempo que me molestaba. Me ponía nerviosa.

LETIL.—Alberto entró delante de ti, ¿no es cierto?

LYS.—Sí.

LETIL.—Es bien extraño. ¿Una persona tan correcta!

LYS.—Se adelantó a abrir la puerta de la casa.

LETIL.—Y mientras, tú, que sabías que la verja se cerraba sola, por su peso, la mantuviste abierta.

LYS.—No recuerdo.

LETIL.—Seguramente fué así.

LYS.—¿Por qué?

LETIL.—Porque era la mejor manera de facilitar la fuga al criminal, una vez cometido el delito.

LYS.—¿Qué dices? ¿Me acusas tú también?

LETIL.—Escucha. En el primer momento dijiste que Alberto se había interpuesto entre el criminal y tú. ¿No es eso?

LYS.—No lo sé. Estaba entonces tan excitada, que no podría recordar tampoco lo que dije.

LETIL.—Después rectificaste. En tu declaración aseguras que el atentado no iba dirigido contra ti.

LYS.—Eso me pareció después, al reconstruir lo sucedido. ¿Fué todo tan rápido!

LETIL.—Todas esas confusiones no han hecho más que embrollar el asunto. Son los inconvenientes de no decir la verdad.

LYS.—¿La verdad? ¿Cuál es la verdad?

LETIL.—Yo sé cuál es. Tú reconociste al asesino. Es lo único que puede, si no justificar tu actitud, al menos explicarla. Le reconociste a pesar de la oscuridad. Quién sabe si por lástima, o por cualquier otro sentimiento más profundo, tal vez desconcertada, simplemente, le dejaste escapar.

LYS.—¿A quién te refieres?

LETIL.—El día antes del suceso recuerdo haber visto aquí, en esta misma sala, a un sujeto extraño. Se llamaba Mauricio. ¿Qué ha sido de él? Me parece muy generoso

lo que has hecho al callarte, demasiado generoso. Pero no debes sacrificarte más.

*(Lys se dirige a la derecha y abre la puerta.)*

LYS.—*(Llamando, hacia dentro.)* ¡Mauricio!

LETIL.—*(Sorprendido.)* Pero, ¿cómo? ¿Está aquí?

LYS.—Vino a refugiarse, al día siguiente, aterrado por lo que había hecho.

LETIL.—¿Y lo recibiste?

LYS.—Parecía un animal acosado. No tuve fuerzas para cerrarle la puerta.

*(MAURICIO aparece en la puerta. Mira, inquieto, a LETIL.)*

MAURICIO.—Buenos días. ¿Qué sucede?

LYS.—Te han descubierto. La policía vendrá a buscarte en cualquier momento. Es mejor que te entregues y lo confieses todo.

MAURICIO.—¿Todo?

LYS.—El comisario te espera.

MAURICIO.—¿Dónde está?

LETIL.—En esta misma calle. En el café de la esquina le aguarda. Es inútil que trate usted de huir.

MAURICIO.—¿Huir, yo?

LYS.—¡Claro que no! No te conoce. Tú eres un hombre. Al contrario, debes presentarte al comisario, arrepentido —porque yo sé que estás arrepentido—, y explicarle lo que pasó; cómo en un momento de ofuscación, de celos, sin saber lo que hacías, cometiste este horrible atentado.

MAURICIO.—Sí.

LYS.—Tendrás todo nuestro apoyo. No te pasará nada. El mismo Alberto te perdonará. Yo contaré que te conozco desde la infancia, lo bueno que has sido siempre. Diré también que, en un tiempo, te prometí casarme contigo, para que se vea que no es tuya toda la culpa.

LETIL.—¡Lys!

LYS.—¡No es mentira lo que digo! Háblale al comisario, y al juez también, de tu amor por mí desde que eras un niño. Una pasión de tantos años tiene que conmovernos.

LETIL.—(*Indignado.*) ¡Lys, no sabes lo que dices! No tiene disculpa lo que ha hecho. No hay manera de defenderlo. Nadie lo salvará. ¡Tendrá el castigo que merece!

MAURICIO.—Sí, lo sé, lo sé desde aquella misma noche, desde antes de cometer el crimen. Todos me acusarán. (*A LYS.*) Tú me hablas así para darme ánimos, para que me entregue. Pero tú sabes que yo he sido siempre un hombre honrado, trabajador, y que tengo unos hijos... Si he hecho algo malo ahora, lo he hecho por ti.

LYS.—(*Impaciente.*) Por mí, por mí, sí.

MAURICIO.—Porque tú me dijiste que lo hiciera.

LETIL.—¿Eh?

LYS.—¡Mauricio!

MAURICIO.—(*A LETIL.*) Yo me resistía, señor. No quería ser un criminal. Pero ella me dominaba. Ha hecho siempre de mí lo que ha querido.

LYS.—¡Mientes!

MAURICIO.—No miento, señor. No quisiera acusarla, porque ella no es tampoco mala. Para mí ha sido como una hermana. Pero es la verdad lo que digo: me dominaba. Me dejó entrar aquel día, en esa alcoba, para que la viera vestir. ¿Sabe usted lo que es esto, señor, para un hombre que la quiere como yo? Le prometí que haría lo que me pidiese. Fui aquella misma noche a recoger el ácido al taller. Y ahora soy un criminal. Sé que estoy perdido, por su culpa.

LYS.—¡Tenías celos de Alberto: eso es lo que no cuentas! No por mi cariño. Tú siempre me has querido a tu manera, sin importarte lo que fueran para mí los demás hombres. No has tenido jamás dignidad, ni siquiera amor propio. Sentías celos de Alberto porque era un hombre educado, rico, inteligente, mientras tú seguías siendo un pobre bruto. Le odiabas por eso. Lo de menos era lo que significaba él para mí. Te hubieras conformado con bien poco. Pero la envidia y la rabia te hicieron aborrecerle. Por eso cometiste el atentado.

MAURICIO.—Querías que te vengara de ese hombre porque iba a abandonarte. Me prometiste, si lo hacía, que me dejarías vivir siempre contigo, en esta casa. Como un

criado, claro. Pero esa era toda mi ilusión: no separarme de ti.

LYS.—¡Como un perro, lo mismo que un perro! Te lo dijo María.

MAURICIO.—Como un perro, sí. A los pocos días después del atentado fuiste a buscarme. Estabas muy inquieta. Temías que la policía me encontrara. Y me trajiste aquí, a tu casa, para ocultarme. Me aseguraste que nada me pasaría.

LYS.—¡No merecías esa suerte!

MAURICIO.—Por eso me has entregado. Ya lo veo. Me has engañado una vez más y me echas de tu casa. Ya me voy. Pero, ni a los perros se trata de esa manera.

(MAURICIO sale por el foro.)

LYS.—(Con abatimiento.) Ahora se lo dirás a Alberto y todo habrá concluido. Me quedaré sola con mi desesperación.

LETIL.—Con tu locura.

LYS.—Sí, con mi locura. Ni yo misma he sabido comprenderla.

LETIL.—(Fríamente.) Los demás, en cambio, la hemos comprendido al fin. Un día te dije que no te conocía, que no sabía nada de ti, a pesar de ser tu amigo más antiguo. Podría repetirte mis palabras. Me aseguraban que eras generosa, caritativa, abnegada... No sé. Yo siempre te veía como un ser misterioso. Ahora el misterio se ha aclarado.

LYS.—No, no se aclarará nunca.

LETIL.—(Con dureza.) Celeste tenía razón. A sangre fría, calculado todo, como quien se entrega a una operación minuciosa, decidiste la manera de vivir tranquila. Alberto, ciego, mutilado, se quedaría contigo para siempre. Nadie te lo disputaría. Quizás, incluso, se hubiera casado contigo, que era una idea que también te obsesionaba. Y con el tiempo, si la carga era pesada, satisfecho ya tu orgullo, tu vanidad de mujer que no se resignaba a fracasar, le hubieras abandonado también.

LYS.—No, es difícil de entender la locura. No ves claro. No le hubiera abandonado jamás. Yo creía que mi ma-

yor dolor era perder a Alberto, porque no le había visto sufrir. De noche, cuando duerme, cuando le veo tan indefenso en su desgracia, tan confiado en que yo velo su sueño, me siento a su lado y le contemplo horas y horas. ¡Qué débil me parece! Como si un hombre, sano y fuerte, pudiera, de pronto, convertirse en un niño. Sus manos me parecen tan pequeñas, que me atrevo a acariciarlas. Y entonces, en ese momento, cuando me figuro que acaricio un hijo, me doy cuenta del horror de lo que he hecho; y allí mismo, entre las sombras del cuarto, ante mis ojos, desfilan, uno a uno, los fantasmas de mi vida. Rosa, la primera. No como la he visto ahora, sino como siempre la conocí: con su rostro pintado y su sonrisa inexpressiva. Luego, Mauricio, insatisfecho siempre, jadeante, como una bestia que hubiese andado mucho. Y luego, otros rostros, muchos, olvidados. Todos ellos se detienen un momento a mirar la cama del enfermo. Sólo Rosa se sienta a mi lado para acompañarme hasta que amanece. Todo esto, al fin, se ha terminado. Dile ahora a Alberto, de mi parte, que le he querido siempre; que fué el único gran amor de mi vida. Espérole aquí, para que le acompañe a salir de esta casa, donde hemos sido felices tantos años. Me voy a entregar. No le digas a dónde he ido. No hace falta que lo sepa. Cuando él esté mejor, cuando no pueda hacerle daño, dile, entonces, también de mi parte, que me fuí a buscar mi castigo.

*(Sále por el foro.)*

TELON







## CLAUDIO DE LA TORRE

Nació en Las Palmas el 30 de octubre de 1897. Dramaturgo, novelista, poeta y director de cine, ha ido dejando, a lo largo de una abundante producción literaria, la inquietud de su inspiración artística, atenta siempre a las corrientes de vanguardia, pero sin separarse nunca de los valores profundos y tradicionales. Claudio de la Torre, ha merecido dos veces el Premio Nacional de Literatura, obtuvo con la comedia que publicamos en este volumen el Premio de Teatro de la Ciudad de Barcelona correspondiente a 1950.

**5 PESETAS**